Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

Premios y menciones de la sexta edición 2010

1.335 escritores de 20 países

Universidad de San Buenaventura
Cali

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

Departamento de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

VI Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

11 de mayo de 2010

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

Título
VI Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía
ISBN: 958-97960-0-1

Rector
Fray Álvaro Cepeda van Houten, OFM.

Coordinación
Cornelio Millán Matta
Director de Bienestar Institucional

Pedro Mario López
Área Artística y Cultural, Dirección de Bienestar Institucional

Ilustraciones
Francisco Javier Peláez

Coordinador Editorial Bonaventuriana
Claudio Valencia Estrada

Diseño y diagramación
Carlos Cárdenas

USB Cali, La Umbría, carretera a Pance. PBX: (572) 488 22 22 - A.A. 25162.
www.usbcali.edu.co - email: editor@usbcali.edu.co. Cali, Colombia, Sur América.

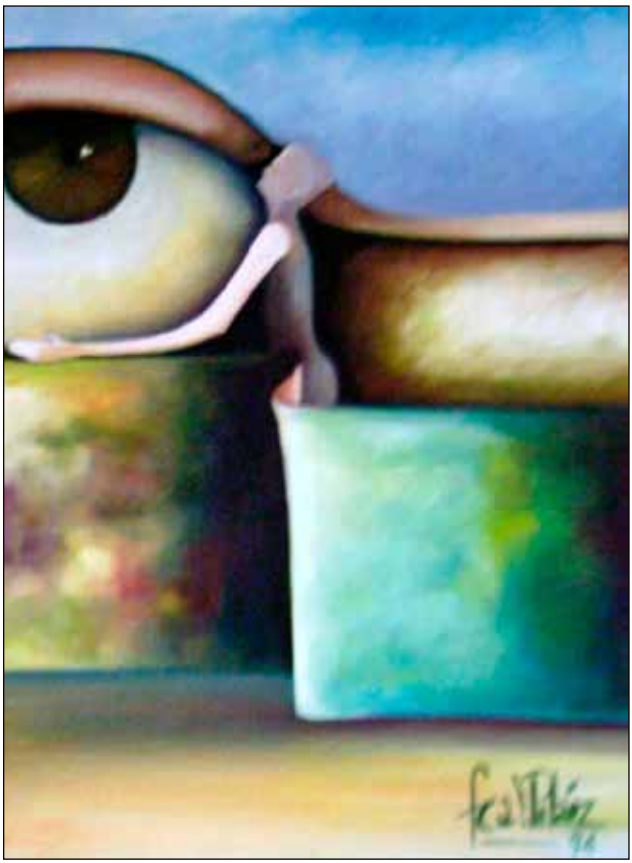
Este libro no puede ser reproducido por ningun medio sin autorización escrita de la
Universidad de San Buenaventura Cali.
Septiembre de 2010 - cc

Índice

- Prólogo
- Acta del jurado
- Poesía
  - *Jorge Eliecer Valbuena Montoya (Primer premio)*
  - *Yosé Álvarez-Mesa (Segundo premio)*
  - *Orfa Garzón Rayo (Tercer premio compartido)*
  - *León Gil (Tercer premio compartido)*
  - *Alejo Gabriel Steimberg (Mención)*
  - *Lilia Machado Coello (Mención)*
  - *Lilí Muñoz (Mención)*
  - *Ángel Gavidia Ruiz(Mención)*
  - *Ezequiel Tambornini (Mención)*
  - *Julio Alberto Balzcázar (Mención)*

- Cuento
  - *Diego Gil Parra (Primer premio)*
  - *Néstor Hugo Villoldo (Segundo premio)*
  - *Pilar Quintana (Tercer premio compartido)*
  - *Juan Cruz Balian (Tercer premio compartido)*
  - *Héctor Ortega Giménez (Mención)*

- *Diego Martínez Lora (Mención)*
- *Ediso Fierro Abalo (Mención)*
- *MelissaBendersky Cros (Mención)*
- *Diego Fernando Perea (Mención)*
- *Andrés Portillo González (Mención)*
- *Ariel Búmbalo David(Mención)*
- *Antonio Usaga Monsalve (Mención)*



Agradecimientos

CIINOE

CÁTEDRA IBEROAMERICANA ITINERANTE
DE NARRACIÓN ORAL ESCÉNICA

A la CÁTEDRA IBEROAMERICANA ITINERANTE DE NARRACIÓN ORAL ESCÉNICA (CIINOE) y a su Director, el Maestro FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES, por el apoyo permanente y la participación activa durante la realización del Concurso.

A JOSÉ VICTOR MARTÍNEZ GIL, de México, por su generosa contribución a nuestro Concurso al haber aceptado participar como Jurado, aportando su tiempo, su valiosa experiencia y su sensibilidad a tan delicada tarea.

Al artista colombiano FRANCISCO JAVIER PELÁEZ, quien generosamente donó sus obras plásticas de extraordinaria fuerza expresiva y calidad estética, para devenir tejido de sentidos y sugerencias en las ilustraciones de este libro.

Prólogo

Con emoción y para los hallazgos

Mi aproximación a las creaciones literarias y artísticas siempre es extremadamente respetuosa. Cuando leí los primeros cuentos y poemas participantes en el VI Concurso Literario Bonaventuriano ese respeto tuvo de inmediato una gran presencia de modo consciente por la calidad de las obras, por el compromiso y la universalidad de los temas, y por la originalidad y profundidad de muchos de los textos.

No es de extrañar que los miembros del Jurado hayamos no sólo podido premiar con excelencia tanto en Cuento como en Poesía, sino además otorgar un número significativo de menciones:

Felicitaciones a los autores premiados y mencionados, felicitaciones a la Universidad de San Buenaventura / Cali.

La lectura de los primeros cuentos del Concurso me trajo el recuerdo de la primera ocasión en que con veintiocho años, en 1995 y en la Ciudad de México, en un taller escuché y vi un cuento contado oral escénicamente con/para los adultos de muy variadas edades y profesiones.

Dentro del desconcierto me ocurrió –y esto lo he reflexionado después– que perdí la conciencia de mí y del entorno, y sólo tuve conciencia de la historia mientras una enorme ansiedad me embargaba ante los sucesos del argumento y por conocer el desenlace de los aconteceres.

El cuento que escuché fue un cuento antológico de la literatura cubana contemporánea: Francisca y la muerte, de Onelio Jorge Cardoso –escritor que en todos estos años desde entonces he leído y he vuelto a leer con emoción y para los descubrimientos, como en el caso de su monumental El caballo de coral–. Al finalizar el acto de cocreación de la narración de ese cuento, recordé el primer cuento que leí en voz alta en mi infancia, en la primaria, junto a mis compañeros de clase. Recordé la fascinación por la historia y sus hechos. Y recordé mi curiosidad. Tantas que, como los libros, por razones económicas, no pudieron tener demasiadas presencias en mi niñez y en mi adolescencia, poco a poco me fui aficionando con pasión a leer la prensa, a buscar las historias latentes dentro de las noticias.

Con el tiempo, ya desde mis experiencias de narrador oral escénico por más de diez años en los teatros y de profesor de oralidad y de comunicación en universidades y otros ámbitos, he ido desarrollando al leer, o al escuchar, ver y cocrear cuentos, una percepción que alterna: las sensaciones que me provoca conocer e imaginar esa historia, y la evocación, igual desde mi paisaje interior, de mis recuerdos de vivencias y saberes, en un relacionar interior que es una y otra vez hechizante, sugerente, que deviene de sugestión y encantamiento a la par que de razonamiento crítico.

La invención oral o escrita, la creación de los cuentos y de los poemas de este libro es otra prueba del esfuerzo, de la cima que significa concebir una obra de la oralidad o de la literatura.

La primera vez que escuché un poema fue en la escuela primaria, y eran unos versos sobre mi país, México. La emoción personal, indivi-

dual, la recuerdo como parte de una emoción colectiva intensa, única. La poesía tiene el poder de estremecer tanto por su belleza como por su estructura cada vez tan específica, tan de pertenencia al ritmo, como por sus contenidos y alusiones, y mucho por su misterio. Tal cual los poemas de este libro que se han quedado en mí como aquel primer poema. . .

Cuando he dicho o leído en voz alta poemas en un Ciclo como el que realizamos desde la Cátedra (CIINOE) no hace tanto en una librería madrileña, bastaba ver los rostros del público, las expresiones de entrega y simultáneamente de reflexión, para que las ganas de seguir compartiendo la poesía se acrecentaran.

Los cuentos y poemas de este libro sé que obtendrán, en sus encuentros con los lectores o con el público, las más altas dimensiones por su caudal de prodigios.

José Víctor Martínez Gil

Acta del jurado

El martes 11 de Mayo de 2010, a las 12:00 m. se reúne el Jurado del VI Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento, en la Universidad de San Buenaventura Cali, para tras varias sesiones de trabajo y deliberación, llegar a conclusiones y otorgar los Premios y Menciones correspondientes al VI Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento.

Por unanimidad el jurado concuerda en la alta calidad de los trabajos presentados al concurso por los 1335 participantes de 20 países: Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Brasil, Perú, Ecuador, Colombia, Honduras, México, España, Venezuela, Cuba, Estados Unidos, República Dominicana, Canada, Portugal, Francia, Belgica, Israel. A todos ellos nuestro reconocimiento y nuestras congratulaciones.

La Universidad de San Buenaventura Cali agradece la especial colaboración de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica y de su director el reconocido maestro, escritor, poeta y dramaturgo cubano-español Francisco Garzón Céspedes, en la convocatoria y selección de las obras presentadas al Concurso.

El jurado, integrado por tres prestigiosos creadores, docentes universitarios, escritores y promotores culturales:

- José Victor Martínez Gil (México)
- Alexander Muriel (Colombia)
- Pedro Mario López Delgado (Cuba - Colombia)

Decidió después de analizar las obras presentadas por los 1335 participantes otorgar los siguientes premios y menciones

Poesía

Primer Premio:
Jorge Eliécer Valbuena Montoya. Facatativá, Cundinamarca, Colombia.
Obra: *Péndulo y Otros Poemas.*

Segundo Premio:
Yose Álvarez-Mesa. Asturias, España.
Obra: *Santuario Profanado*

Tercer Premio (Compartido):
León Gil. Medellín, Antioquia, Colombia.
Obra: *Cantata de La Lluvia*

Tercer Premio (Compartido):
Orfa Garzón Rayo. Cali, Valle del Cauca, Colombia.
Obra: *Abrazame y Otros Poemas*.

Menciones poesía

- Alejo Gabriel Steimberg. Bruselas Bélgica
  Obra: *El Poeta Con Mala Fe*

- Lilia Machado Coello. Ciudad De La Habana, Cuba.
  Obra: *Diversidad*
- Lilí Muñoz. Ciudad Neuquen, Provincia Neuquen, Patagonia, Argentina
  Obra: *La Palabra No Alcanza Y Otros Poemas*
- Angel Gavidia Ruiz. Santiago De Chuco, Trujillo, Perú.
  Obra: *Apuntes Sobre Tu Piel*
- Ezequiel Tambornini.Buenos Aires, Argentina.
  Obra: *Inhabitante De Este Mundo.*
- Julio Alberto Balcazar Centeno. Cali, Colombia.
  Obra: *Máquina De Pájaros.*

Cuento

Primer Premio:
Diego Gil Parra. Cali, Valle Del Cauca, Colombia.
Obra: *Conden(H)Ado y Otros Cuentos.*

Segundo Premio:
Néstor Hugo Villoldo. Buenos Aires, Argentina.
Obra: *El Óvalo y Otros Cuentos.*

Tercer Premio (Compartido):
Pilar Quintana. Juanchaco, Buenaventura, Colombia.
Obra: *Una Segunda Oportunidad*

Tercer Premio (Compartido):
Juan Cruz Balian. Buenos Aires, Argentina.
Obra. *Los Hombres y Mi Vida Con Los Peces.*

Menciones cuento

- Hector Ortega Gimenez. Barcelona, España.
  Obra: *La Vida Menguante y Otros Cuentos*

- Diego Martínez Lora. Vila Nova De Gaia, Portugal.
  Obra: *Fin Del Mundo*
- Edison Fierro Abalo. Buga, Valle Del Cauca, Colombia.
  Obra: *La Duda.*
- Melissa Bendersky Cros. San Carlos De Bariloche,
  Río Negro, Argentina.
  Obra: *La Ventana y Otros Cuentos*.
- Diego Fernando Perea. Cali, Valle Del Cauca, Colombia.
  Obra: *John Aborto Sabe De Sonidos Y Otros Cuentos.*
- Andrés Portillo González. Madrid, España.
  Obra: *Demasiado Lejos Y Otros Cuentos.*
- Ariel Búmbalo David. Mendoza, Argentina.
  Obra: *El Que Ríe Primero Pierde.*
- Antonio Usaga Monsalve. Medellín, Colombia.
  Obra: *La Segunda Edad y Otros Cuentos.*

Para Que Así Conste Firman La Presente.

José Victor Martínez Gil
Alexander Muriel
Pedro Mario López Delgado

Datos del jurado

José Victor Martínez Gil. (México)

Es el director ejecutivo de la CIINOE, Cátedra Iberoamericana de Narración Oral Escénica. Ha sido distinguido con importantes Premios y reconocimientos Internacionales, entre ellos el Premio Iberoamericano de Narración Oral Escénica "CHAMAN" y recientemente, el prestigioso Centro de Creación e Investigación Teatral CELCIT, lo condecoró con su medalla y lo nombró Miembro de Honor.

Es director Artístico de la Compañía de la Imaginación y uno de los más reconocidos artistas contemporáneos de lo oral. Se desempeña como docente, conferencista y asesor en importantes Universidades Españolas e iberoamericanas. Ha sido jurado en importantes Concursos Literarios internacionales. Ha incursionado con éxito en la radio y la televisión de España, aportando sus conocimientos como experto internacional en oralidad y comunica-

ción.

Sus textos literarios han sido publicados con mucho éxito por diversas editoriales y se ha presentado en importantes eventos internacionales, artísticos y académicos, en países como España, México, Argentina, Finlandia, Suiza, Uruguay, Venezuela, entre otros.

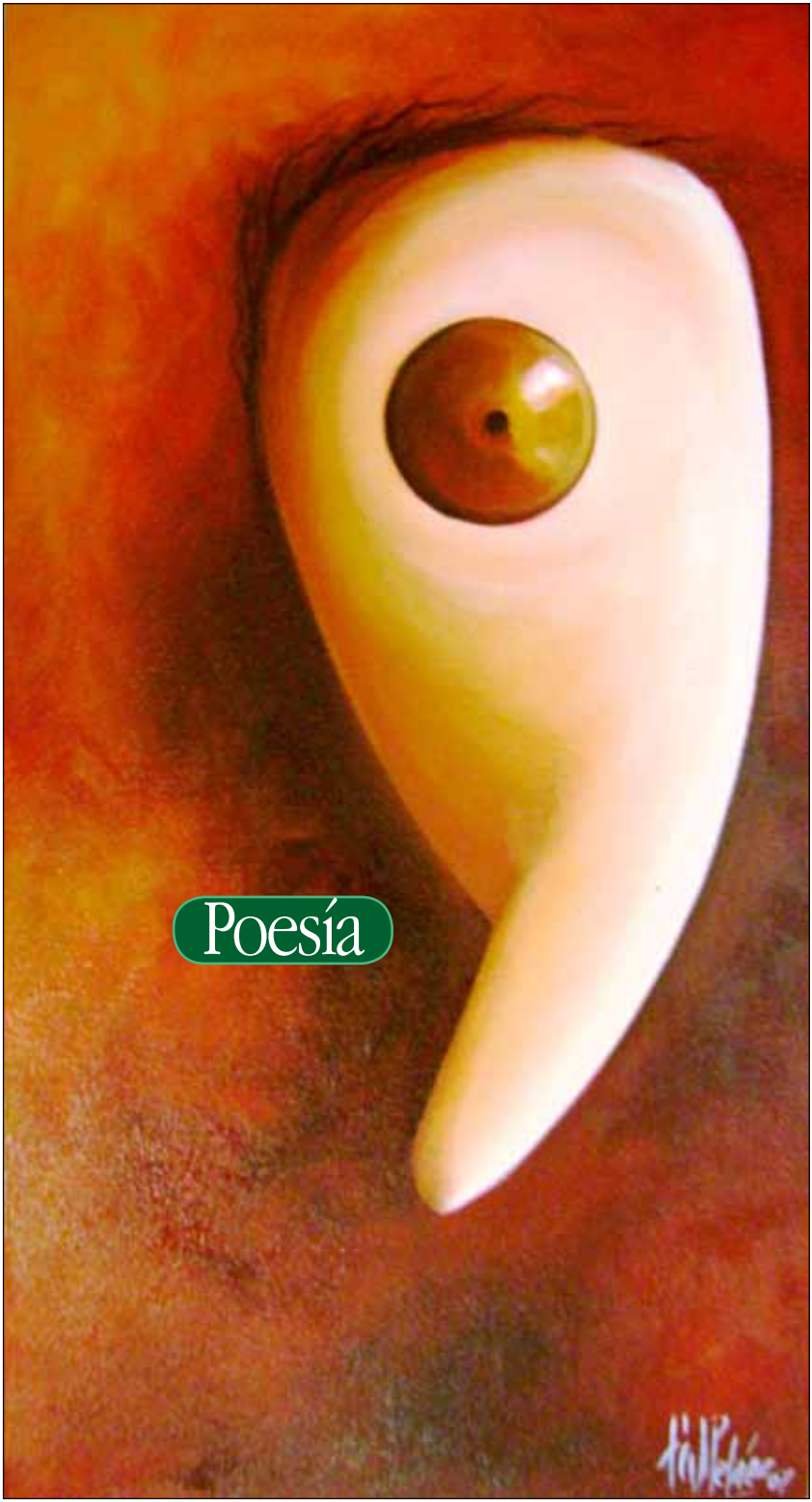
Pedro Mario López Delgado (Cuba-Colombia)

Coordinador del Área Artística y Cultural de la Dirección de Bienestar Institucional y Docente de la Universidad de San Buenaventura Cali. Lic. Historia del Arte, Universidad de la Habana. Especialista en Desarrollo de la Creatividad, IPLAC, Cuba. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba.

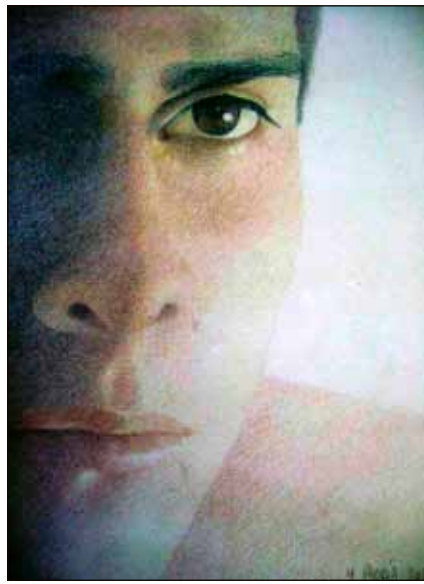
Ha sido distinguido con premios nacionales e internacionales como escritor y como narrador oral escénico. Sus poemas y cuentos han sido publicados en libros y antologías en Cuba, Colombia, Venezuela, Costa Rica y Argentina

Alexander Muriel (Colombia)

Filósofo, poeta y compositor. Docente de la Universidad de San Buenaventura vinculado al Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos (CIDEH)



Poesía



Poesía
Primer premio

Jorge Eliécer Valbuena Montoya
Colombia

Péndulo

Estoy en la hoguera
Donde los ebrios queman las canciones

Soy leño de su pesar
Humo de sus lágrimas

Me desvanezco en el filo de las noches

Busco a gatas mi sombra
Para colgarla en el armario
Y amamantar las polillas
Hasta dejar una simiente
Que le cante a los árboles
Y muera de olvido

Dejo que el río me traspase
Deje sus cenizas en estas orillas
Oculte mi sequía
Donde el ritual es apagar la lluvia
Con estas alas de cobre

Subienda

Un pez amaneció en mis venas
Perdió el rumbo en algún río
Tempestuoso
Y cayó a éste arroyo profundo
Que no se nombra en ningún mapa

Ha ido creciendo poco a poco
Alimentado por los insectos
De mi sangre
Por los cadáveres alojados
En mis latidos
Y por las sombras que deambulan
Errantes
En esos pasadizos secretos
Y subterráneos

Es un ser solitario este pez mío
Vagabundo en su incertidumbre
Lo siento cavar una salida
En algún lugar de estas profundidades

Me he acostumbrado
Al filo de sus escamas
Al brillo de su sombra
Al agudo tacto de su vertebra

Sólo a los anzuelos temo
Y a las redes que me nombran
Cuando divisan
El pez que me excava
Desangrando mis prisiones
Sin encontrar aún
La desembocadura

Señales de Humo

Desde esta esquina podemos escuchar los recuerdos
Verlos pasar rodando como piedras lanzadas desde otro tiempo
Hasta este invierno
Que nos incinera

Esperamos que las tormentas pasen despacio
Que se replieguen en sus alas movedizas
Y hagan su estorbo en la cornisa de estas sombras

Mordemos el tímpano de la historia
Padecemos el dolor de las crisálidas al nacer
Enhebramos el chillido en las lápidas que cubren las cabezas

No hay afanes para vivir
No hay vicios que esperen
Ni desesperos más fatuos
Que esta sobriedad

Somos una legión de dolores cuaternarios
Puestos a prueba en el frío de este siglo
Que renueva los suspiros y los congela
En el ciclo vital del sufrimiento

Desvanecidos y secretos
Escuchamos los recuerdos doblar las esquinas
Husmear estos viejos adoquines
Rondar con sus pasos de elefante
Las cicatrices
Del viento

Parábola de un desierto perdido

Haz venido, con esa balanza de exterminio que te sofoca
Herida de silencio y de noches de otro tiempo
Esquivando las estrellas de mis pesadillas

El tiempo ha olvidado sus huevos en esta caverna
Y ya los veo empezar a morir en sus crisálidas
Ahuyentado todos los espejos que te aguardan

Haz venido, pidiendo oxigeno a la luna
Labrando relámpagos en los celajes
Dejando lágrimas en mi sequía

Dejas que muera el espectro que te carga
Antes de la llovizna que calma las voces

Haz venido
Yo te nombro

Ángeles nocturnos

Desnudos de abandono
La noche nos acumula entre sus cuerpos

Gélidos de tiempo y de sombras
Armados de lluvias pasajeras
Secretos bajo el árbol negro
...
Aún vivos

Viejos
Desde la memoria que roen los relámpagos

Austeros
Desde el despertar

No es este el cielo de agujas
Que oscureció

Es otra antigüedad tras el cerrojo
Otras pupilas que se observan bajo una masacre
De luciérnagas
Manos que empuñan la lengua sideral
La astrosa urgencia de olvidar despacio

Ahogándonos de oscuridad
Lamiendo el polen de las madrugadas
Doblando la esquina perpetua
Empiezan a enfriar los huesos
Caen los párpados
Los gallos entierran su plumaje
Mienten tres veces
Picotean a la luna
Alguien fermenta en su inanición
A esta hora profunda
Bosteza el abandono en la raíz de tu vientre

Cruje la canícula

Bajo las cenizas
El fuego comienza a cicatrizar

Reflejos

El espejo mide la mitad de un suspiro
Clavado sobre un ahora gastado que murmura

Pendenciero retorno
No más que un hechizo
Del ojo equilibrado en la cuerda

Gastado arlequín de otros parpadeos
Más sonoros y precisos

Que hacen callar al aire

2.

Los espejos saben que no hay cielo
Al día del otro día descompuesto
Y se alarman con tu parpadeo
Como de alguien que observa
Tras el ojo de una aguja

Mientras pasan los ciegos
Hago un retrato hablado de tu orbita

3.

Ahora son otras sombras
Las moronas regadas por los ciegos
Y la ambulancia tratando de salvar
Algo que está más allá de los desvíos
Como un olvido hinchado
Que es necesario rescatar
Bajo los escombros de la memoria

4.

Los caídos
Los que han nacido
Escuchan el zumbido de la rueca
Tras la ventana ven morir las tardes
Anegadas de luces y sangre de neón
Y estornudan
Resolviendo su inquietud
Empañan el vidrio y escriben un nombre

5.
Bastaría con verme
Caminando por la avenida Jiménez
Hirsuto y moribundo como una página suelta
Pisoteado después de haber sido leído
Y muerto de costumbre
Por esa rara falta de principios

6.
Nacer se iba haciendo insoportable
A ochenta grados latitud norte
Pensábamos disuadir la partida,
Ser más fugaces que un desencuentro

Y después parir

Secar la piel del mundo enlodada
caer de nuevo al embrión de la fruta
Dejar arder los puñados de fuego
Cerrar la voz
Y empezar a escuchar los espejos

7.
Tu reflejo tiene de eclipse
Lo que tus manos humeantes guardan de sonido
Empuñas tu aire ahorrado
Quieres respirar
A veces lo siento
Y te suspiro
Pero no vale, no cuenta

Este palpitar de adioses que se quedan
Pegados a las puertas
Mientras yo te veo parir
Un temblor de pupilas eclipsándose

Espejismos

Esta noche tiene lápidas en todos sus costados
La luna es un cementerio profundo que se desvanece en los sueños
Y aún no sabemos donde irán a morir los presentimientos
Cuando todo se acabe

Los miedos cavan desde ayer una tumba
En silencio cumplen con su trajín incansable
Se han olvidado de mí desde que esperan mi cadáver
Y yo los veo más flacos cada día
Más viejos, más rendidos

Todo es lento en estas horas ocultas
El placer desnuda al tedio y lo descubre jadeante
Los murmullos dejan huevos de luciérnaga en las esquinas
Para que roben las palabras
Para que beban su intimidad desbordada
Y mueran en silencio

Hay un suspiro que hace su nido
En la última edad de la memoria

Busca restos de alas, cenizas de lloviznas
Es viejo su oficio
Moribundo el sucesor

Gravitación

Al parecer el infierno es otro de mis poros
Donde pongo un poco de grafito para insultar el día
Inmolar los parásitos que desgastan el aire
Y murmurar cifras alargadas como trazos

Al parecer el insecto que hoy se ha resignado
Ha caído de un séptimo piso cubierto entre laureles
Y una soga de lluvia lo ha condenado al suicidio
Y el fiel trompetista que dentro aclama
Ha prohibido correr por el césped de esta noche
Atragantado en las últimas palabras que sopla y espanta

Y nada parece más incierto que el trazo
Que dibuja esta mano hacinada
Entre esta cárcel de amargos adoquines
Mitad turbulencia
Mitad ruina
Y aparecer en otra luna
Convencido de que es tristeza
Esa vaga luz que sortea
La mítica caída de la tarde

Insepulto

El reflejo ha roto
Su cascarón
Vuelve a nacer
En las entrañas
De la sombra
Cambia de piel
De artilugios

Y remoja sus ojos
Agrietados

Llora las noches
Doloridas
Mientras cicatriza
La luz
De los candelabros

Jorge Eliécer Valbuena Montoya. *Colombia*

Nació en Facatativà. Cundinamarca. Colombia. En 1985. Sus poemas y cuentos han sido publicados en la antología de poetas universitarios "laberinto sin tiempo" Medellín 2007, en la Antología de poetas facatativeños 2004 y en diversas revistas literarias del país. Obtuvo el premio departamental de poesía de Cundinamarca-(2008) con el poemario "Presos", y el premio de poesía realizado en el marco del programa "Bogotá un libro abierto" con el poemario titulado "Los arados del parpadeo."(2008) Finalista en el premio internacional de poesía Fantástica revista Minatura 2009. Coordinó el programa radial de literatura "los jóvenes se toman la palabra" en la emisora Unilatina. Hizo parte del Taller de Cuento Ciudad de Bogotá 2009 RENATA, Ministerio de Cultura. Es Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana, promotor de lectura y Gestor cultural. Actualmente se desempeña como profesor de literatura en un colegio de la localidad 19 de Bogotá.

Yosé Álvarez-Mesa
España

El santuario profanado

(Infinitesimal)

Cuando ya no recuerde
indagaré en el aire donde escribí tu nombre,
rebuscaré en el libro donde guardé tu imagen,
rastrearé ese punto donde olvidé tu ausencia.

Cuando ya no recuerde
seguro que en un lugar recóndito
un indicio de ti salvará mi memoria.

* * *

Atravesé el umbral de lo indebido
y penetré en el lado que resbala despacio por la vida.

Basta de retener las horas en silencio,
de acaparar instantes que no quiero
y ocultarme en el fondo de la misantropía.

Profané tu lascivo santuario
y me apropié de todas las reliquias.

La faz del laberinto se vuelve y me sonríe,
y disuelve los muros que me apartan del aire que me falta
para abrazar la brisa.

Pernocté entre tus manos escapadas del lapso donde habitan
y ahora mi piel ya no quiere regresar.

* * *

Hay escenas de ti que se disparan
y salen de parranda
por las horas más huecas de la noche.

Yo las sigo en silencio
con los ojos atentos y el rostro camuflado.

Las sigo calle abajo,
las veo zambullirse
en todos los momentos que encuentran a su paso,
mezclarse con los crepusculares resquicios de la vida
y llenarse los pies de otros paisajes.

Hay escenas de ti que se me escapan.

Yo persigo su estela entre la gente
no sea que se esfumen por los amaneceres
y no las vuelva a ver.

* * *

Tal vez se hizo de noche y la luna se puso a recorrer tu distancia.
Tal vez yo te esperaba tensando las amarras del último trayecto
y al verte aparecer amaneció.

Es posible que el agua se enarenase toda con la sal del momento
para luego caer como lluvia escarchada sobre mis circunstancias.

Tal vez haya pasado por mi lado la vida,
o se haya mezclado con la amnesia el recuerdo hasta hacerlo confuso,
o me inventé un lugar donde poder volver en los días oscuros.

No lo sé en realidad.
Es posible que sólo fuese un sueño.

* * *

En las treguas del tiempo desatamos los miedos,
llenamos los vacíos con sólidos agujeros de afectos restringidos,
volamos con alas de universo a lugares remotos,
restregamos la piel contra el deseo envuelto en alfileres.

Pasajero invasor de mis infiernos:
muéstrame tú el camino hacia el no-tiempo,
destruye el fuselaje de esta noche escarchada,
y vuelca entre mis márgenes tus sueños de expansión.

* * *

Si pudiera elegir me quedaría con todo:
las luces y las sombras que te habitan,
el cielo y el infierno en que transitas,
la gris melancolía en que pernoctas,
la azul algarabía que te agita .

Si pudiera elegir qué hacer con tus momentos
me los apropiaría,
descubriría tus deseos ocultos y los despojaría de ataduras,
los haría correr por las estancias sin miedo a los abismos,
les pintaría alas para hacerlos volar.

Si pudiera elegir
me quedaría en tu lado del espejo,
me instalaría en el porqué de tus silencios,
en las esquinas de todas tus palabras,
en cada recoveco donde guardes un sueño.

Si pudiera elegir un todo donde permanecer
elegiría el viento de tus ojos despertándome al alba,
la punta de tus dedos rozando mis espacios,
tu abrazo incandescente llenando mis afectos.

Muros de mermelada se levantan sobre nuestras fronteras.
Si pudiera elegir la forma de vencerlas
bebería en tu piel esa dulce distancia.

* * *

Hoy te sueño invadiendo mis contornos.

Tus gestos se difunden por todos los rincones
y un poso dulce queda en las lenguas de papel.

El agua que ha corrido
exaltada
por tu piel

ha formado jirones de nubes escarchadas
que caen desmadejadas como nieve a mis pies.

Te extrañará la vida cuando cruces mi ocaso
y escuches el adagio de nuestro amanecer.

Se apagará la noche y tiritarán los sueños,
y en la quietud del aire que se queda callado
me enredaré en las veces que he amado tu recuerdo
y extrañaré tu sombra
dormida
en la pared.

* * *

Tus pasos hacen eco
en la amplitud de una víspera mojada
y salpican de azul las blancas noches.

¡Qué vacío asfixiante se incrusta en mis paredes
cuando el rugir del tiempo me socava!

Tus pasos me atraviesan con su sonoro roce,
resuenan en mis tímpanos
sus huellas y distancias.

Yen el transcurso turbador de tu ausencia
la vida se adormece,
el sueño se dilata.

* * *

En el murmullo de la noche
te presiento
rozando con tus dedos mis abismos.

Y me doblego a la futilidad que supone pensarte
dulcificando el semblante roto de las horas.

Me abrazan tus paredes repletas de horizontes
y una boca sin tregua me silencia la boca.

Te presiento y no puedo
alejarte de mi lecho de náufrago,
te presiento y no siento que un mundo nos separa.

Y cada noche invoco tu distancia
que se esfuma de pronto como en un sortilegio
y una mano dibuja en mi piel tu silueta.

Te presiento, y pretendo
retener cada instante tuyo en la memoria,
volcarlos uno a uno entre las sábanas,
y envolverme con ellos
hasta morir de insomnio.

* * *

Hoy he soñado que tu voz recorría sinuosa mis tímpanos
con palabras prohibidas
que me acariciaban como encajes de cielo
y hacían eco en cada recoveco que te estaba esperando.

Soñé que el viento de tu voz susurraba mi nombre
y rozaba mi oído con el aliento cálido de todas las demoras
electrizando mi piel con cada sílaba,
estremeciendo hasta el último confín de mi universo.

Tus palabras, hasta ayer camufladas en ambiguos vocablos,
se escapaban de tus mudos labios para abrirme las puertas.

Y me hablaban de pesados grilletes de los que liberarte
subiéndote a mis alas,
y me hablabas de bocas desbocadas
y cuerpos emboscados buscándose las armas.

Me hablabas y de pronto el silencio.
Desperté y a lo lejos
tu voz siguió callada.

* * *

Nuestros pies inventaron un camino en el aire
por donde transitar al margen de la vida.

Allí nuestras pisadas se dilatan y saltan
distancias insalvables
y secundan el eco de los pasos que no hemos dado nunca.

Nuestros pequeños sueños estallan en los dedos
y encienden las penumbras;
invaden los resquicios, los huecos, los contornos;
se alían en caricias que no han hecho preguntas.

El silencio se esconde tras las rejas oscuras
de ventanas cautivas
que rezuman esperas, y deseos oblicuos,
y sensaciones muertas.

Y le abro las puertas al vuelo de tus pasos,
y me vuelco en un algo que sea sólo nuestro.

Por si un día te encuentro en la vuelta de la esquina.

Yosé Álvarez-Mesa. *Asturias, España*

Libros publicados:

- *Estampas de invierno* (Vitoria, 2006)
- *A dos océanos (Madrid/México 2007) VVAA. Antología poetas de habla hispana, edición limitada*
- *En el umbral del aire* (Burgos 2007)
- *El laberinto envenenado (Granada, 2008)*
- *Poemas del otro lado (Málaga 2008)*
- *El párpado del tiempo (Murcia, 2008)*
- *Cuentos y reencuentros, (Oviedo 2009) VVAA. Antología relatos de narradores asturianos*
- *De islas y pleamares (Madrid, 2009)*
- *Distancias de metal sobre fondo amarillo (Badajoz, en proceso de edición)*
- *Astillas (Tenerife, en proceso de edición)*

Datos de interés:

Coordinadora de la revista literaria KALEPESIA (Asturias). Colaboradora del Semanal Digital Vegamediapress (Murcia). Colaboradora del programa de radio "Versos al aire", Onda Maracena Radio (Granada). Colaboradora de Alkaid revista multitemática (Valladolid). Miembro de la Sociedad Cultural Gijonesa (Asturias). Miembro de la Asociación de Escritores de Asturias. Miembro de la Sociedad General de Autores y Editores de España (SGAE). Miembro de Honor de la Maison Naaman pour la Culture (Beirut, Líbano)

Algunos premios literarios:

Primer Premio de Poesía Ernestina de Champourcin, Vitoria. Primer Premio Certamen Poético Pepa Cantarero, Baños de la Encina (Jaén). Primer Premio de Poesía del Certamen Literario de Bargas (Toledo). Primer Premio de Poesía del Certamen Literario Villa de Azuqueca de Henares (Guadalajara). Accésit Certamen de Relatos "Nosotras y Ellos" por la Igualdad, de Ledesma (Salamanca). Tercer Premio de Poesía Villa de Salobreña (Granada). Primer Premio de Poesía del Certamen Literario Premio Joaquín Lobato de Vélez-Málaga. Primer Premio de Poesía Villa de Aranda (Burgos). Primer Premio Certamen de Poesía Casa d'Alcuentru de les Muyeres de Lena (Asturias). Primer Premio Certamen de Relatos sobre Derechos Humanos PCA Linares (Jaén). Primer Premio Certamen de Poesía Asociación Mujeres Progresistas AMPPI, Alcorcón (Madrid). Primer Premio Certamen Relatos Cortos Artesanías Literarias (Argentina)

Poesía
Tercer premio (compartido)

Orfa Garzón Rayo
Colombia

Serie abrazame

1.

Abrázame como hasta ahora,
vuelve a abrazarme como siempre,
que mis brazos continúen en tus huesos,
que tus manos sean parte de mis costados.
Vuelve a abrazarme como hasta ahora,
Abrázame como siempre,¡ sigue mi piel enamorada**!**

2.

Abrazar a quien amas es disponerse a transitar sin límites más allá
del perímetro de la sospecha;
es disponerse a transgredir tu propia piel;
es negarse a la rutina;
es abrazarse a la vida.
Abrazarte a ti, es ¡abrazar la vida y al infinito hecho hombre!

3

Abrázame para que cuando no esté contigo, sientas que sigo enrollada a tus dedos;
Abrázame! Por si las dudas, por si las certezas, porque sí, porque no, ¡abrázame!,
Tal vez ¡abrazarnos nos salve!
Tal vez abrazarte a mi hoy permita que me ames cuando ya no te de mi abrazo,
¡abrázame!

4.

Que tus ojos me abracen para no morir,
entre tanto el abrazo de tus oídos me redime del silencio eterno;
que tu boca abrace mis palabras balanceándose en el vacío…
que tu piel me abrace para detenerme en ti…,
mientras el abrazo de tu olor detiene mi huida, ¡sin ti!
tal vez ¡abrazarnos nos salve!.

5.

Lentamente, abrázame,
que tu abrazo se mantenga presente, que no conozca el fin,
para que no entienda de olvidos;
que renazca cuando empieza a terminar,
cuando tu abrazo termine me abrazará la soledad…

6.

Si es de noche me siento como hija de la luna traslúcida, sensual, imponente,
si es de día soy un arco iris eterno,
brillante, alegre,
si es a solas que tu piel invade mi límite voy floreciendo, ardiendo;
si es con otros, somos amorosamente cómplices, implicados,
¡Abrázame a pesar de mí!, ¡abrázame para seguir viviendo!

7.

Que tu abrazo brote a tiempo,
evitando morir en piel estéril y cansada de esperar;
que tu abrazo reviente los límites de la buena educación,
haciendo vida en tu vida;
que tu abrazo implique tu vida, no tus brazos.

8.

Un abrazo resiste al tiempo, se hace tiempo,
convoca la condición humana, que se enreda con otros,
nuestros convidados,
haciéndose tiempo de tanto en tanto,
negándose a vivir del recuerdo.

9.

No existen los abrazos ni en pretérito ni en futuro,
ni en fardos de recuerdos,
se rehusan a sobrevivir en frases amarillas y trasnochadas,
en llamadas furtivas, en egolatrías absurdas,
existen en el acontecimiento, en presente,
imposible vivir abrazos cuando se evita abrazar en presente!!

10.

La luna se duerme en fugaces arco iris que danzan de este a oeste,
lamenta el frio de sus límites, lamenta la agonía del día,
la luna duerme en el seno de sus huestes,
va encarnándose en el tiempo a punto de fantasía,
¡oh luna!, … ¡abrázame!

11

Caen estrellas, caen meteoritos, caen lágrimas…
Llueven risas, mil suspiros, amores,
Nacen días, nacen voces, nacen otros, nacen horas,
Vuelve amor a mis días con voces,
A mis risas sin lágrimas, con estrellas.

12

Vamos a colgar nuestros sueños de tus manos y las mías,
sueños que transitan de mi vida a tu vida,
devuélvemelos…,
Sueños dormidos, sueños vibrantes, sueños compartidos;
O, amor, colguemos tus manos y las mías de nuestros sueños,
Abracémonos en ellos.

Serie señas

1
Cuidarse de ensordecer a tu voz,
encarnarse en ella
como el músculo al hueso,
abrirle el vientre,
disponerle esta cuenca,
ensordecer.

2
Abandonarse
cautelosa y contundentemente
abandonarse en límites,
bullir en el magma,
abandonarse, calcinarse
crepitar en el abandono

3
Enmudecer,
matar la ansiedad desde el cerebro
lanzarse al vacío
sin hilos de esperanza,
naufragar, romper,
gritar sin escucha
padecer esta soledad.

4

Vértigo, vómito,
náuseas,
limpieza,
olor a día
olor a naufragio
sabor a resurrección
vértigo

5

Desandar los segundos…
hacerlos tiempo,
romper las horas de olvido
disgregar el calendario
levitar en el infinito
romper las horas,
partir de nunca.

6

Volver a mirar tus ojos,
y tus lejanías,
Reconocer tus ojos
y el otro tu en ti,
hibernar tus sonidos
encarnarme en tus ojos.

7
Hacer el tiempo aun muriendo,
reto de presente,
reto de ausencia
morder el alma
interrumpiendo su escape en un suspiro.

8
Mirarte a los ojos,
devolverme los míos.
Hilar mis pupilas a tus parpados
pretensión de encarnar en tus pupilas .

9
Estrellarme con tu sombra
que no abraza
enmudece,
sutilmente desaparece;
en espera mi abrazo,
prefiere morir antes de nacer.
10
Sin celo, sin celos,
sin rabia, sin esperar algo de ti…
sin ansiedad, sin levedad
cuidándome
voy implicándome en hacer tiempo

11
El mar en movilidad,
en desazón, en lo inexplicable;
el río hecho espera,
en la incompletud,
en lo sonidos apagados,
gotas en incertidumbre,
posibilidad, vida y muerte

12
La plenitud, el solaz…
tan efímeros como un orgasmo,
tan quebrados como el llanto,
indescifrables como la ausencia de presencia

13
Ruedo de tu cuello a tu hombro
me pierdo en la matriz de tu límite,
mis dedos hacen el amor a tu omoplato,
no resisten… hacen el amor a tu deltoides,
tu en silencia…
mides otros terrenos.

Tránsito

De tu lengua a mi boca se hace luz,
De tus vaivenes a mi habitancia, hacemos vida,
Desde tus olvidos a mis remolinos
Mordemos los límites del placer.

De tus soles a mis lunas
nuestro amor,
hijo de soles y lunas emerge en tu saliva,
En mi boca,
En tu lengua,
En mis senos,
Emerge….

De tu aroma al mío
Se confunde el aroma de la vida…
Recógeme en tus brazos,
Para romper lo etéreo,
Recógeme en tu sexo
Para brotar contigo,
Recógeme en la nada
Y hagámonos todo

De mis dedos a tu piel
Duerme la espera, la ansiedad,
Baila tu sombra con la mía;
De mis labios a tus dedos
Gravita el placer,
Llévame en tus manos,

Te llevo en mi piel

Transito en luz y en sombra,
en ausencia y en presencia,
del todo a la nada,
transito en calor y en frío,
del occidente al este, del cielo al mar,
de segundo en segundo,
de aliento en aliento,
de palabra en palabra,
en logros y en fracasos,
siempre de tu mano,
¡¡siempre con tu abrazo!!.

Transito

Transito cautelosamente
evitando hacer ruido en tu devenir
a la espera de tu gesto
aguardando tu seña…
con un abrazo eterno a punto de estallarse en ti,
aguardando tu seña…

Sueño eternamente en tu arribo,
tal vez haré maletas y viajaré a otras profundidades,
como Penélope, tal vez tejeré por siempre la vida en presente,
o, tal vez, ayudaré a levar tus anclas
a terrenos donde no exista aire para mis días,
sin protagonismos,
cautelosamente,

con un abrazo eterno a punto de estallarse en ti,
aguardando tu seña…

Algún día te irás

Algún día te irás satisfecho a buscar otros terrenos,
No sabes de elaboraciones largas y pausadas,
No sabes de días eternos,
No sabes de parejas elaboradas todos los días.

Te alimenta el ego otras sonrisas,
otros besos y otras caricias
te envanecen otros pechos,
otras lenguas te hacen vibrar intensamente.

Todo muslo te enardece el sexo
y no te escatimas en goce,
aunque lances por el barranco media vida,
sonriente te place.

Orfa Garzón Rayo. *Colombia*

Orfa Garzón Rayo. Licenciada en Biología y Química de la Universidad Santiago de Cali, Magister en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana, Magister en Dirección Universitaria de la Universidad de los Andes; actualmente directora de la Maestría en Educación: Desarrollo Humano de la Universidad de San Buenaventura Cali. Dedicada a su labor de docencia e investigación en el campo educativo como proyecto de vida y aferrada a la poesía como una posibilidad de ser y estar en el mundo.

Poesía
Tercer premio (compartido)

León Gil
Colombia

Cantata de la lluvia

1
Estrellas de agua:
Bajo la lluvia, el asfalto es un lustroso firmamento
Con intermitentes estrellas de agua…
Desde la acera, cabizbajos, miramos en silencio al cielo

2
Paraguas Paratodo:
Ese hombre no esta ebrio ni está loco
porque camine bajo el agua sin que el agua lo perturbe
es que lleva en su cabeza una imagen que le cubre:
inclusive de la lluvia

3
A las dos o tres de la mañana
desciende la lluvia dulce, suave, susurrante
sin aspavientos, sin pirotecnias, sin hidrotecnias, sin fanfarronadas.

No cae sobre los hombres
llueve la delicada lluvia sobre todo
y todos aquellos seres que duermen
desnudos bajo el cielo estrellado
que sueñan con ella, que la aclaman
que la hidrolatran

4
¿Será para los ciegos la lluvia
una visión táctil, líquida
de las nubes, del cielo?

5
A veces parece
Que la lluvia sólo existe
para que el cielo pueda
revelarse a los ciegos

6
¿Le temerán los sordos
a los pirotécnicos juegos de una tormenta eléctrica?
¿Y los ciegos
se espantarán más con sus hórridos truenos
que con un ligero temblor de la tierra?
¿Le soplarían al oído a Vicente Huidobro
sus bellos y escalofriantes
“temblores de cielo”?

7
Si fuera sordo
quizás me tendería desnudo
a escuchar el ritmo, la voz de la lluvia
en el desafinado
tambor de mi pecho

8
La nieve es la lluvia
que desciende en puntillas
sobre el mundo,
en pantuflas, abrigada

9
El rocío es hijo de la lluvia.
Furtivo enamorado
a quien el sol sorprende dormido
en el regazo de la tierra
todas las mañanas

10
El granizo es las gotas de lluvia
que soñaron ser como rocas en tierra
y humilladas han terminado
en las bocas de los niños
y las albercas

11
El arco iris es también
el río celeste de Heráclito:
nadie baña sus ojos de luz
en el mismo arco dos veces

12
La lluvia:
Solidaridad del cielo
con la melancolía y con las penas

13
Los tubos del desagüe
graban
las voces de la lluvia

14
A los indigentes la lluvia se les cuela
por los agujeros del calzado
y trepa hasta calarles
también las suelas del alma

15
La lluvia, la música lluvia
prefiere los techos de los tugurios
por la rica gama
de sus tonos y sus timbres

16
"Operación Limpieza":
La lluvia, la misma que lavó los cadáveres
de Patroclo y de Aquiles
los enamorados guerreros
dejó inmaculado el rostro del indigente
al igual que las botas
del pulquérrimo sicario

17
Nunca serán tan semejantes,
como cuando bajo la lluvia punzante
cabizbajos se arrastran
un vagabundo y un perro

18
Plegaria de invierno:
Lluvia viento viento y lluvia
calma ternura suplicamos suplican
siembra y techo techo y siembra
Oídos y huesos oraciones y perro
trapos y todo
Lo poco que todos
los pobres pobres tenemos

19
Es un hecho: la lluvia no cae por igual sobre todos los hombres.
Es evidente su predilección por los más desamparados y pobres.
La lluvia odia -o ama- la miseria y la pena.
Eso jamás lo sabremos

20
Un día nos enseñaron
que alguna vez sobre la tierra
el pan llovió del cielo.
Entonces recordé las tardes en el patio
cuando empapados de gritos y de risa
comíamos granizo

21
Infancia I:
Un cielo nublado
visto a la intemperie
era siempre un buen presagio

22
Infancia II:
La infinita alquimia
del agua más la tierra
condenada por la santa
inquisición de la limpieza

23
El sol y la lluvia
unidos en un mismo deseo:
meterse en los juegos
de los pájaros los locos y los niños:
tan pájaros tan locos tan niños…
tan infantiles

24
Todo camino llovido
mojado
conduce al hogar

25
Se me ha desteñido el arco iris:
¿Dónde están mis lapicitos de color?

26
Bajo la lluvia
todas las bellas deberían lucir
trajes de algodón…
dulce de feria

27
Fuego liquido a las seis:
Llegó puntual bajo la lluvia,
al bar que está en la esquina debajo del hotel.
Venía más mojada por dentro que por fuera
corría menos agua debajo de los puentes
que lava bajo el arco
frondoso y perfumado
de sus piernas

28
La lluvia nos pone a hablar
y a alborotar como niños
Como pajarracos y locos.
O a rumiar silenciosos
la absurda existencia
como vacas filósofas

29
La lluvia inclemente, la artística lluvia
con frecuencia es catastrófica
trágica, demente, dramática
Y por tanto
siempre un personaje
un espectáculo

30
Lluvia:
Por naturaleza va la vida
unida con la muerte
y el amor de la mano con la guerra.
Por eso son las nubes
senos maternales
o crueles metralletas

31
Toda lluvia es una lluvia de sílabas
de palabras, de gestos:
grita, parlotea, susurra, canta,…
monologa, silencia
y calla

32
Me despierto en medio de la alta noche
y encuentro la lluvia recitando cantando tocando
sobre cada hoja de cada planta
sobre cada tiesto sobre cada baldosa del patio…
En cada patio del mundo
cada lluvia encuentra su propia lengua
sus propias líricas y sus propios instrumentos y cantos

33
A la lluvia, la romántica asesina, la bella
podría incluso festejarle
las masacres de los lirios, los gorriones, los inocentes…
Imposible la sádica gotera

que instalada en mi patio en la alta noche
en mis oídos, con morbo muerde y martillea
como si fuera la gran perra
cochinísima conciencia

34
Ninguna balanza más difícil de inclinar
que la de la lluvia:
un platillo desbordante de flores
el otro de escupitajos repleto

35
Como todos los vinos
cada lluvia tiene su espíritu
su ángel, su dáimon
Quizás por esta razón
cuando llega nos detiene
y la escuchamos con fervor
o en silencio
conversamos con ella

36
Un hombre que va por la calle
bajo la lluvia ácida y sucia
con paso derrengado y líquido
indiferente a la lluvia
es un drama personal
representándose en público
un suicida a mitad del camino
una incógnita muda que jamás resolvemos:
Un detalle del lluvioso paisaje

que siempre nos perturba el ensueño
la vigilia y el sueño

37
Más que los lomos de las bestias
y los campos feraces y las calles desiertas
la lluvia moja los ojos que la contemplan
desde un alero o desde una ventana.
Todos los poemas y todas las almas
han sido pasados por pútridas aguas
por lluvias afiladas y ácidas

38
La lluvia es hermosa
cuando asordinada tamborilea
sobre los techos firmes
sobre los sólidos techos
de todos los bienaventurados
por Dios bendecidos.
Pero es espantosa y terrible
cuando martillea al horrísono
sobre el techo endeble
sobre el vacilante techo
de todos los míseros
por Dios olvidados

39
La lluvia nos recuerda
que no sólo somos polvo
sino polvo mojado
barro

que toma forma
se yergue y anda

40
Escampa
y sobre el asfalto puede verse
la vaporosa lluvia aburrida
cansada
escalando
el camino
de regreso
a casa

León Gil. *Medellín, Colombia*

Poeta y Físico de la Universidad de Antioquia. Participó en el VI Festival Internacional de Poesía de Medellín. Su obra poética ha sido publicada en distinto periódicos y revistas, e incluida en antologías nacionales e internacionales.

Ha publicado tres libros de poemas de manera independiente: Del huerto de Van Gogh (1990), Ecce infans (1996) y Coctel de versos para la mesa 3 (2002).

Poesía
Mención

Alejo Gabriel Steimberg
Bélgica

El poeta con mala fe

La esencia es un perfume

El poeta que agarra la mosca con la mano.
El poeta que para el taxi con un movimiento compulsivo.
El poeta que les tiene miedo a los perros.
El poeta que sigue el ritmo con golpecitos en la mesa.
El poeta que babea por la comisura izquierda.
El poeta que muestra involuntariamente el colmillo derecho.
El poeta que se duerme con la taza en la mano.
El poeta que dice que él no separa al poeta del hombre.
El poeta que dice que no es un escritor.
El poeta que dice que escupe y después trabaja un poco la escupida.
El poeta con mala fe.

El oportuno baño de extranjero

Confidente y amigo
tras la muerte en chileno.

No sé. No creo
que haya tanto valor
en esa aceptación ensegundada.

Áulico

1. La carta del otoño del año
   Perdió y se perdió
   en feroz atracción de la vanguardia.
   Poesía pura siempre cae mal
   como una gran bocanada de ese aire.

2. Importante
   Abrazar la piedad
   de un hondazo furtivo.

3. Austeridad invisible de puro huevo sonoro
   Por eso hay que evitar
   la condena absoluta
   del título perfecto.

Animalia

1. Contraorden : péguese
   Mimó mimando.
   Mímica mimiz.
   Mímese todo.

Mi mate
es pequeñopeludosuave
y, se diría, lleno de algodón.
Pero son hongos.

2. Apoteosis
A de obviedad
B de baca
X e Y
Z de pobre gil
H de otra vez sopa
S de rebarba
P de pueta
con u de cocodrilo

3. Refresco
Amor.
Amorci.
Morcillita mía.
Todo
vuelve a la carne.
Así nosotros,
los vegetarianos del amor,
nos quedamos, tristemente,
afuera.

4. Moment
Los graznidos de las urracas entran
por la ventana de la cocina:
otra ocasión
para agradecer a Dios

el no haberme hecho
un poeta romántico.

5. Defraudados
Pobres qué feo cuando sale una mula
un gato
un perro
un hurón no
molesta menos
un chancho
qué horror
una jirafa tiene el encanto
de lo raro.

6. Terror
Eso que parece un enano bajo una sábana
la puerta sin llave que no queremos traspasar
el viento que no es viento y sostiene
el cofre abierto que mantenemos a distancia.

Igual que la cadena con los eslabones

Uno
He hecho todo,
señor periodista,
esperando este momento.

Dos
Y a mojar la pólvora antes de cargar,

para que al secarse
explote más fuerte.

Tres
Y manifiestista, me dijo un amigo
que ve en la mala educación
una forma del mal.

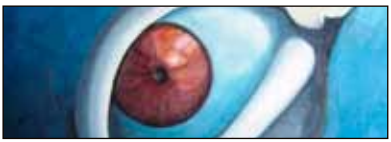
Las trayectorias del modo lírico

Cortas,
por amor de Dios.
Si no,
sobrepasadas,
tan largas que llegando al otro lado.

Teoría del caos

El cáliz que apartaste de mí no será el excelente título de mi próximo libro. No será en él la figura de Vallejo un fantasma que aceche en la búsqueda de cada palabra; no tendrá por leitmotiv la naturaleza única de la propia habla poética. No me acecharán los peligros de la autocomplacencia. Nadie llamará para decir que mi libro anterior era mejor.
No convertiré el recital de poemas en un género de éxito; tropeles de jóvenes no acudirán como un solo hombre ante la sola posibilidad de escucharme. No seré el inventor indirecto de las groupies poéticas.

Nadie pedirá que me una a la comisión organizadora de la Feria del Libro, y no me aburriré como un hongo en sus reuniones. La señora de los almuerzos morirá antes de que valga la pena invitarme a comer; ya no podré lograr que se arrepienta, ni sufriré la decepción de no haberlo logrado.



Alejo Gabriel Steimberg. *Bruselas, Bélgica*

Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y está escribiendo su tesis doctoral en literatura fantástica (Universidad de Extremadura). Ha sido premiado en distintos concursos literarios y ha publicado en antologías y revistas en Argentina y en Bélgica. Ha leído en ciclos de poesía en Buenos Aires, Bélgica y Francia. En 2004 salió su primer libro, *p*, por Ediciones Vox (Bahía Blanca, Argentina). Vive en Bruselas.

Publicaciones

2007: [selección y traducción, junto a Laura Calaberse] *¿Bélgica? Seis poetas belgas jóvenes de lengua francesa*, Bahía Blanca, Vox.
2005: Selección de poemas en *Le Fram* N° 13, Lieja, Primavera-Verano (Traducción: Isami Nakasone).
2004: *p* (poesía), Bahía Blanca, Vox.
2004: *Clase magistral* (poesía illustrada, *plaquette*), con el artista Bruno Rota, Buenos Aires, Zapatos Rojos.
2000: "De una vez por todas" (cuento policial), en la antología de escritores jóvenes *Zapatos Rojos*, Buenos Aires, La Bohemia.
1999: Antología de poetas jóvenes *Zapatos rojos*, Buenos Aires, Zapatos Rojos.
1998: Festival *Buenos Aires No Duerme '98. Poesía.* Selección de poetas jóvenes, Buenos Aires, EUDEBA.

Premios literarios

2000: Primer seleccionado del Concurso Zapatos de Roja Sangre (cuentos policiales), Ciclo de Literatura "Zapatos rojos", Buenos Aires, Argentina.
2000: Tercer premio del 3er Concurso de Cuentos Infantiles, A.E.P.A, Buenos Aires, Argentina.
1999: Mención de Honor en el 5º Concurso Nacional de Poesía y Cuento, Ediciones Baobab, Buenos Aires, Argentina.
1998: Seleccionado en el concurso de poesía "Buenos Aires No Duerme", Buenos Aires, Argentina.
1992: Mención en el Concurso de Poesía de la Fundación El Libro.
1989 : Mención en el Concurso de Poesía para jóvenes de la Fundación Givré, Buenos Aires, Argentina.

Lilia Machado Coello
Cuba

Diversidad

Rojo

Enardecida embriaguez
derramo con mi calor,
mi piel escarba el rubor
-desvalida desnudez
de los sentidos-. Tal vez
hurgue profundo en mi instinto;
mi rostro es un laberinto
de violencia carmesí.
Soy la ansiedad del rubí
clavado en la sangre, extinto.

Naranja

Soy la locura, - candil -,
allí derramo mi fuego;
con las llamas yo trasiego
toda el alma en un perfil
obsesionado, febril,
desmedido e inquietante;
mi aroma desconcertante,
azafranado, - alazor -,
es la orgía del temblor:
un frenesí delirante.

Amarillo

Diluyo el sol en lo oscuro
de mi recinto; lo aclaro
con la yema de mi amparo
y sus rayos en el muro.
Mezclas de ocre conjuro,
hago alquimias con el oro:
lo desvisto, lo desdoro,
lo trasmuto en ardua luz;
y expando con mi arcabuz,
el ámbar como un tesoro.

Rosado

Mi artificio es el engaño;
mi trampa, la irrealidad:
ilusa fragilidad
que barniza el desengaño.
Cada minuto del año
coloreo al universo
de rosas, pero al reverso
está la otra faz, de espinas.
Desdibujo en las esquinas
fantasías al anverso.

Verde

Soy el recuerdo esmeralda,
la gota tibia en abril;
la esperanza más sutil
se desestruja en mi espalda.
El color de la guirnalda
se esparce como un reflejo
desde mi destiempo añejo
hasta mi desnuda paz.
Soy primavera fugaz:
me deshojo ante el espejo.

Azul

Soy la eternidad del cielo,
mi fluido es el pleamar
en el horizonte:- azar
e infinitud donde velo-.
Mi universo es el señuelo
-zafiro y melancolía-
del amor, la noche, el día,
y la vida, en extensión.
Soy desde el cielo intuición
y desde el mar, lejanía.

Violeta

Mi secreto es un desliz:
-lo escondo tras la pared-;
quizás duden de mi sed,
que es mi hambre, su matiz.
Roja y azul cicatriz
sufro como penitencia:
enmohecida conciencia,
-sendero de incertidumbre-.
Tal vez purgue en la costumbre
el escarnio de tu ausencia.

Gris

Yo sólo soy la ceniza,
me regodeo en el aire;
enmudezco con donaire
mi voz cansada, huidiza.
El alma incierta, indecisa,
de ambivalente humildad
-imprecisa de frialdad-
se desvanece, se esfuma
en el dolor de la bruma:
humareda y soledad.

Blanco

Me detengo en una nube,
caigo presto en una ola,
resbalo en la nieve sola
y la convierto en querube.
La luna en mí baja y sube,
dando tumbos, trasnochada;
recuerda la espuma ajada
como síntesis de luz.
Mi pureza es una cruz
silenciosa, desolada.

Negro

¿Dudan de mi oscuridad
a pesar de ser la noche?
¿Quién se atreve en un reproche
argüirme soledad?
¿Quién ostenta claridad
para diluir mi sombra?
Todos saben que en mi alfombra
se recrudece el dolor.
Anochezco mi temor,
-sólo la pena lo nombra-.

Lilia Aurora Machado Coello. *La Habana, Cuba*

Graduada del Instituto Pedagógico Enrique José Varona en Licenciatura en Literatura y Español. Actualmente labora en la Casa de Escritores y Artistas de Diez de Octubre como Especialista Literaria. Ha sido premiada en el Concurso nacional de literatura: "Manuel Cofiño", La Habana, Cuba.

Poesía
Mención

Lilí Muñoz
Argentina

He preñado las bardas.

He preñado las bardas esta tarde.

Se han henchido de dulzura los botones,
fueron creciendo soles diminutos,
gotearon leches por los tallos ásperos
y el perfume zumbón
cubrió las latas.

He preñado el desierto de amarillo.
Rozamos los espejos con las yemas
y en los huecos rugosos de la greda
hicimos el amor
sobre melosas.

Ocres de basural y villerío,
naïf de resolana,
horizontes de miel,
moscas azules:

la tierra gruesa parió la primavera,
ojos de sed de estrellas,
piel curtida.

He preñado las bardas en agosto.

Cara al sol
sentí tu sombra ausente
arremezar mi sombra.

Estanques

Si se estanca
se muere
se nos muere, amor
así
sin mordedura
sin marcas
sin huellas
se nos muere sin sangre
ahora
se nos quiebra
entre gritos de miedo
en picos de silencios
si se estanca
se pudre
verdeazules
nenúfares
madriguera letal

infectarán los bordes
blanquísimos festones

no te calles amante
bien amado
navegante en mil fuegos
aún es posible
ese temblor de Ariadna en manantiales
la fluencia del instante
infinitud de añil
piel de serpiente
alar
en el repliegue de algún dios
irisdiscentes yemas.

Jugar msn

Te espero por el tiempo.
En el lomo del tiempo.
Tu cabeza en mis brazos
sobre mí enciruelado
entre pezones
casandra soy
destino de tu aliento
toco tu pelo en rape
adivino miradas
no sé de tu sonrisa.

Abalorios desgrano por tu cuello
aguijón en raíces
los poros en el roce.
Estás sobre mi vientre.
en el arco que tenso
en lo que soy
mimesis
desertar por tus dedos
papilares
el pulso celular
parpadeante en la turgencia.
La palabra no alcanza

sin embargo no alcanza
la memoria no alcanza
te extraño
y en rocío se extrañan las palabras

aquí
nunca tenerte
es un montón de frío.

La muerte nuestra

A cada uno vendrá su propia muerte
no escucharemos de la muerte nuestra.
Ni vos ni yo.
¿Será un morir a solas?

¿Te pensaré conmigo antes de irme?
¿habrá sabores últimos?

Es mayo
y por la ruta ululan
remolinos de azul
orificios de sales.
Somos ninguno amor
y no sabremos cuándo.

Febril hilar deseo
Fiebre en los picos
fiebre en las mesetas
cuándo es que estabas
cuándo tu llegada
vos
cuándo
cuánto de novia azul en la montaña
nocturna nieve
levitud del islario
los pájaros se fueron del bosque con tu nombre
mi mirada en los montes febría soledades
voy
¿a cuál de los exilios?
¿ la costa? ¿el valle? ¿la ciudad?
¿la máscara virtual?
¿el personaje?
a dónde

morder
mordió
y volvió a morder
callar para sentirla
y la sintió en la boca
risar-te allí
en la boca
sin parar
porque sí
por la tibieza al sol
por las mentiras
porque irisó la nieve
36 en termómetro
no es de fiebre
deseo
es
cintilar en deseo.

Lilí Muñoz. *Argentina*

Nació en Victoria, Entre Ríos, Argentina. Vive en la ciudad de Neuquén, en la Patagonia Argentina. He publicado libros unitarios y en coautoría

Es Magíster y Especialista en Didáctica, por la Universidad Nacional de Bs.As.; Profesora en Letras y Especialista en Literatura Hispanoamericana del Siglo XX por la Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, y Profesora en Castellano, Literatura y Latín por el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná, Entre Ríos.

Se desempeña como docente en Dpto. de Arte Dramático del Instituto Universitario Patagónico de Artes y en Profesorado en Lengua y Literatura del Instituto de Formación Docente San Agustín, ambos de Gral. Roca, Río Negro, Argentina.

Poesía
Mención

Ángel Gavidia Ruiz
Peru

Apuntes sobre tu piel

la carne inescrutable
balbuceando su lenguaje de sombras
y brumosos colores
Blanca Varela

uno

¿Tu ombligo?
El centro de la tierra,
inexorablemente mi destino.

dos

La ruta hacia tus pechos
-sus atajos
 entre intrincadas ropas:
la base de tu cuello,

tus brazos y axilas,
en fin,
la esquina
donde convergen tus amadas costillas-
la conocen mis manos de memoria.
Estas manos
hechas para las frutas de la tierra
merodean tus senos
los acunan
los llevan a mi boca
los estrujan
en un gesto animal que rememora
al mono del origen… feliz entre naranjas,
hasta éste que soy
-y que conoces-
siguiendo de memoria la ruta de tus pechos,
lejos de las manzanas,
los duraznos maduros,
las guayabas silvestres,
las lúcumas de junio.

tres

Algo les faltaba a mis manos
(estas concavidades cargando su vacío)
hasta que hallé las dunas de tu espalda
y coseché la dicha y este canto.

cuatro

A qué hueles,
qué aromas se fueron imbricando con el tiempo
hasta llegar a ti,
a tu cuerpo desnudo que me orilla
como un río que carga emocionado
jazmines,
toronjiles ,
granadas,
ansiedades…

cinco

Tus labios,
mariposas hambrientas
en torno
al estambre
emocionado.

seis

Tu saliva,
la lluvia
-la lluvia buena-
atizando la vida
por todos los rincones…

siete

Tu lengua:
nerviosa,
insatisfecha,
buscando urgentemente una guarida,
metiéndose en mi boca
revolviéndose en ella
como una fiera,
abandonándola,
yendo y viniendo
luego
por mi cuello
como un ofidio o un alga trepadora,
recorriendo el resto de mi cuerpo
con los ardientes pies sobre la tierra,
para caer
después
desfalleciente
en algún lugar de mí
como un dulce molusco
a la intemperie.

ocho

Tu columna vertebral,
una palmera.
Tu cuerpo,
una palmera.
El huracán nace de ti

y me rompe como a un cristal,
como a una bandada de pájaros
piando.

nueve

La impostergable cita,
La temida y amada,
La soñada;
Allí,
Donde vive la cosquilla de Dios/ como una reina,
Entre largas colinas,
En húmedos ramales,
En la gruta
Donde se sobresalta
El tiempo
        El mundo
                El bien
                        El mal,
El intrépido salmón llega agitado,
Olvida el largo viaje
Desoye a sus heridas,
Se zambulle y solaza,
Se estremece,
Lanza su blanco canto
Y luego muere
Cumpliendo a plenitud con su destino.

diez

¿Y ese viento felino
que se enreda y desenreda en tu garganta
como en un algarrobo lleno de brujería?
Maúlla, maúlla, maúlla
llamando,
avizorando,
sufriendo
la tremenda estampida.

once

Tus caderas,
el fiel del universo
el péndulo que sigue su rumbo alucinado.

doce

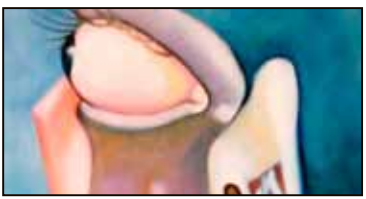
Así,
jineta de los vientos,
así,
sobre la silla afilada que te espera
que te sueña
que te afirma y empapa.
¡Vuela!
¡Vuela!
¡Vuela!
¡Qué cercano está el cielo!

trece

El retumbo de todos los tambores,
de todos los timbales,
el aleteo de millones de aves
siguiendo rutas inusitadas,
el canto de todas las estrellas,
el mar embravecido,
la inundación,
la paz…

catorce

Tu espalda tiene el sabor salado de las playas desiertas.
Yo soy el náufrago
varado sobre ti después de la tormenta.



Ángel Gavidia Ruiz. *Perú*

Santiago de Chuco, Trujillo, Perú.

Médico internista, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Trujillo, asistente del Hospital Belén de la ciudad homónima. Ha publicado tres libros de poemas: La soledad y otros paisajes, Un gallinazo volando en la penumbra y Fuera de valija. Ha escrito, así mismo, tres libros de cuentos: Aquellos pájaros, El molino de penca, La cita y otras ausencias. Es autor, además, de algunos ensayos destacándose entre ellos: Julio Ramón Ribeyro y Santiago de Chuco y El cólera en la ficción de García Márquez.

Poesía
Mención

Ezequiel Tambornini
Argentina

Inhabitante de este mundo

I

Adiós, devotos del culto de lo cotidiano. Seguid el sendero de su destino, regido por un reloj invencible que ha estallado en mil pedazos. El ritual de la costumbre ha devorado a la catástrofe, y la ha hecho suya, para no quebrar el cristal inmutable de los días, el perpetuo presente que guía nuestros actos, idéntico a sí mismo y diferente de aquel otro presente que supo de un ayer y quiso que un mañana le diera vida. Nada cambia y nadie espera que las cosas cambien. El caos es el orden y el orden es el caos. Todo sea por lo previsible. Adiós, devotos del culto de lo cotidiano. Dormid para siempre, y que la vida se confunda con la muerte.

II

Pronto ha de zarpar este barco moribundo. Mi soledad y yo partiremos en un viaje sin rumbo hacia lo desconocido. No puedo

dejar de mirar hacia atrás. Todo lo que he hecho se ha perdido, y me hubiera perdido yo también en el olvido, de no haber despertado de aquel sueño de fango del letargo. Mi mujer ya no es mi mujer. Los hombres no son los mismos. La ciudad es otra. Quién pudiera decirme qué licores he bebido para caer en tan furiosa embriaguez. No lo sé. Voy a descubrirlo.

III

Antaño creía en la noche y el día, en el cielo y el sol, mas luego comprendí que todo es ilusión. Con ojos glaciales he visto, con ojos que no son los míos. Mirad la lluvia incesante, el pantano pestilente, los cadáveres. Increada la luz que aquella tarde se posó sobre un montón de barro. ¡Oh, diosas! ¡Oh, dioses! ¡Qué terrible confusión la de esta raza! Les dais la vida y no la quieren. Les dais la muerte y la rechazan.

IV

Erigir alcázares de oro, fortalezas de lodo, que se hacen y deshacen inútilmente en nuestras manos. Caminar hasta la cumbre para ver desde lo alto, la extensión infinita del lodazal humano. Caminar hacia ningún lugar. Todo el tiempo caminar.

V

Cuanto he sufrido, ya no lo recuerdo. Fue tanto el dolor, que quise morir. Y se cumplió mi deseo. Pero por alguna extraña razón, ajena a mi entendimiento, aún me conservo en la arcilla de mi cuerpo. Esperé llegar al final del camino y me encontré en el comienzo. El constante comienzo. Tal es mi condena. He de cumplirla sin miramientos. La suerte está echada, nada puedo hacer para remediarlo.

VI

¿Cómo pude amarte, mujer? Mirar la piedra de tus ojos, besar tus labios fríos, descoloridos. No fui yo. Fue el hambre de la bestia atrapada por el hedor irresistible de la hembra, el dictado inmemorial del animal, la venganza de la naturaleza.

Desde aquel puerto desolado contemplo la tormenta. Una niebla espesa y grisácea abarca todas las distancias. El sonido iracundo del trueno, los lamentos de voces heladas como témpanos.

VII

¿Cómo has de zarpar, navegante, en un día como éste? Nada tiene de malo este día. El último para algunos, el primero para otros, el de siempre para todos. Esperar otro día es esperar eternamente, aguardar en vano un día inexistente. Tu rostro me devuelve una magnífica sonrisa. Dócil criatura: te ha llegado la hora de las dulces caricias. Bienvenida sea, por los siglos de los siglos. Es una pena. Tenerte a mi lado y no tenerte. Saber de ti y no saber quién eres. Hubiera deseado conocerte.

¿Acaso me hablas? Palabras detrás de las palabras, sólo palabras, naciendo y muriendo como moscas de vuelo plúmbeo y circular, durmiendo en la boca de un caníbal de apetito voraz.

VIII

¿Hacia dónde va la procesión funeraria? Escuchad el monótono ritmo de sus pasos, sus quejidos y su cántico. Marchan coreando una antigua melodía, hacia una tumba remota en el tiempo, lejana de todo entendimiento. No pronuncies mi nombre sin antes asomarte al precipicio. Verás cuán hondo es el profundo vacío que habita en tu garganta, cuán oscura tu lengua putrefacta. Es el silencio la respuesta más sensata. No me pidas más nada, pues nada más

puedo darte, salvo un oceánico silencio de aguas espejadas, en el cual podrás ver tu reflejo, o no ver nada.

IX

¿Recuerdas, viento ceniciento, la magna hoguera que fuiste alguna vez? ¿Acaso olvidaste que cargas con cenizas de hombres inmortales? ¡Cuántos vencieron al tiempo arrojándose a tus llamas, ardiendo de pasión o incendiándose con locura! Santos, suicidas, poetas, mártires. ¿Quién puede prever la ventura del que ve?

He perdido la paciencia.

X

Harto estoy de recorrer los innumerables pasadizos del vasto laberinto, engañosos atajos que no conducen a ninguna parte, caminos pedregosos rodeados de murallas infranqueables. No es una gracia la libertad, sino un castigo. Dejadla descansar en el vaso de vino, en dos pechos enormes de erizados pezones, en la espada de un cándido guerrero, en una inútil plegaria, desesperada. Creedme: no hay nada comparable a la dicha del esclavo, ni al regocijo estival del borracho vagabundo, que duerme una siesta junto al río, que por ser siempre cambiante, ha de ser siempre el mismo.

XI

¿Cuántos golpes más, herrero, bastarán para darle forma al elemento? Cae y se levanta tu brazo como una maza sobre el hierro fundido. El sudor de tu frente, la piel curtida, los ojos inertes. Dime qué ha de forjar tu fuerza brutal. ¿Acaso un utensilio, una herradura, un puñal? Tan maleable ahora la vara candente, tan sumisa, amorfa y obediente. Miradla bien: mañana no la reconoceréis. De aquella masa de fuego líquido nacerá un instrumento macizo, duro, rígido

XII

¿A qué se debe esta cólera funesta? ¿Debo llamarla arrogancia? ¿Debo decir soberbia? Apartadlas de mí, lo más lejos posible. Las detesto. Nunca osaría enfrentar los designios de la providencia. Pobre de mí, si lo hiciera.

XIII

Habla una voz divina a través de las páginas de un libro jamás escrito: ganado bendito: pastad y reproducios. No es otra la ley que debéis obedecer.

La noche es inmensa, siempre lo será, a pesar del esfuerzo titánico de las estrellas.

XIV

Mujer: escucho lo que dices. No estoy sordo, aún. Que has comido con ansia y has bebido cuanto has podido. Que tienes el vientre hueco y vacío. Que quieres un hijo. Yo no puedo dártelo. Frota tus piernas cuantas veces quieras: no se moverá un pelo de mi cabellera. Tu mirada lasciva no me anima, más bien me repugna y suscita mi pena. Mi cuerpo te desea como a nada en este mundo. Es cierto. ¡Pero es tan poderosa esta luz perversa! Me ha dejado ciego. Ya no veo ceremonias de cortejo, ni símbolos de enlace, ni elegantes modales. Sólo vislumbro el temor de una fiera, que cuando no copula, se alimenta. No puedo fecundarte. No he nacido para multiplicarme. Me extingo y renazco en cada uno de mis actos. Yo soy un profeta. No es natural que deje descendencia.

XV

Profanos: es demencial vuestro intento de explicar el absurdo mandato celestial. Resignaos.

La renuncia: una batalla inacabable, cruenta y agobiante. Victorias y derrotas por igual. Nacer desamparados, sacrificar los bienes más preciados. Hemos de darlo todo. Nada para nosotros.

XVI

Anciano de barba hirsuta y larga, de arrugas de rostro demacrado, que cargas encorvado los años en tu espalda. ¡Dime qué se siente al haber durado tanto tiempo! Con empeño mineral desafiaste a la roca, y aun vencido y humillado en lucha desigual, no desesperas, pues confías en el celo de tu cría, que de aquí en más ha de ocuparse del legendario reto que en fecha ya olvidada entablaron tus ancestros. Detente ya. Mereces un respiro. Que descanses en paz.

XVII

Intacto el fruto del manzano. Comedlo, o pronto comenzará a descomponerse. Será un festín de hongos y gusanos, insignificantes, macabros contrincantes.

Apetitos mundanos: bebed la poción del desahuciado. Que corra por vuestras venas y que no haya pena; que corra por vuestra sangre y que os agrade. Evitad la fatal tristeza del que ve lo que pudo haber sido pero no es.

XVIII

No más perfumes de polen de efímeras flores, no más corazas, ni máscaras. Desnúdome ante ti, yo, que nada tengo que decir de mí, pues he de ser como un aborto humano, transparente, cristalino y puro, falto de toda mancha, exento de pecado.

Comprended que este canto herrumbroso y maloliente no me pertenece. Fluye a través de mí, su traslúcido intérprete, que

aun siendo libre, clama por serlo, que carga con los títulos de señor y siervo.

XIX

Noble caballero: si sabes del fracaso inevitable del combate ¿Por qué has de luchar con tanto ahínco? Paso tras paso por la planicie de arena. Larga travesía hacia un poniente pétreo. Elige el rumbo que te plazca, han de ser todos tuyos, todos y cada uno, pues no ha de haber ninguno. Paso tras paso por la planicie de arena, borra tus huellas la ráfaga desértica. Eres el inicio y el final del recorrido. Siempre lo has sido. Lo mismo hubiera dado que te hicieras a un lado.

XX

Mis manos están sucias, sucias de tierra mis uñas. Cavo mi lecho subterráneo, camastro de ultratumba. Cobarde ¿De quién huyes? No importa adonde llegues: jamás habrá guarida que contenga tu ira. Es fútil tu empresa. ¿Acaso hay alguna que no lo sea? Quizás.

He escarbado mucho y aún oigo el ronquido estertoroso del oso boreal, que hiberna en una cálida cueva, aguardando el fin de un invierno de nevado pelaje, de gélido aliento, de crúor coagulado de venas de hielo.

XXI

Y si acaso conservara algún recuerdo grato, en el cual cobijarme cuando se acaben las palabras, entregarme a la memoria, que todo lo ennoblece, evocar la dicha de los días pasados, remembranzas de lo imaginario.

XXII

¡Ah! Delicias para los oídos: relatos en lengua indescifrable de tiempos perdidos, épocas de bienaventuranzas, altares idólatras y primitivos, nostalgias paganas.

Adiós, plácidos refugios. Ningún puerto es seguro para un inhabitante de este mundo. Apáguese toda vanidosa lumbre, hágase en mí la incertidumbre.

XXIII

Caballo de tiro que llevas tan pesada carga ¿Han de ser tus huesos los que crujen? Eres un equino arriesgado y valiente. Nada sientes. Ni siquiera la pústula llagada, causada por la fusta del arriero. ¿Dónde el indómito porte, el salvaje galope? ¿Quién sabe qué suerte has corrido? Ya no eres quien debiste haber sido.

XXIV

Reniega de sus alas el ángel caído, así como desprecia las vulgares pasiones de los hombres, y aguarda esperanzado el regreso de su dama, tan casta y bella, presente en toda ausencia.

Sea desatino, sea castigo este destierro infame: ya no importa. He de seguir mi sino, que me fue dado por causa desconocida, acaso olvidada en el transcurso del tiempo. ¡Ah! Si pudiera comprender todo lo que sé. Mas no puedo. No hay festín que logre calmar mi sed, no hay consuelo.

XXV

Cuán triste es la gloria humana a la luz del último revés. Cuanto hayas conquistado, nada vale: la derrota final será demoledora; vendrá en el momento menos esperado, te clavará una daga por la espalda, dejará que te arrastres y maldigas, que escupas cada una

de tus ilusiones, reales o ficticias, te dirá su nombre, preguntará quién eres y esperará una respuesta de tus labios inmóviles.

XXVI

Gitana que miras azorada mis palmas lisas: no hay líneas, ni lugar adonde ir. No hay circunstancias a las que me vea sujeto, ni acontecimientos pasados, olvidados para siempre, ni posibles derroteros que aguarden ser descubiertos, ni siquiera imposibles, acaso inconcebibles. La duda me carcome, la calma me está vedada. No intentes augurarme nada. Que no puede morir quien ya ha muerto. Exhumaré mis restos cuando llegue la mañana.

XXVII

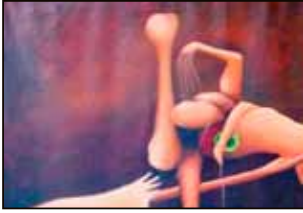
En un espejo líquido me mira a los ojos mi imagen ondulante y dice: existe. Vive para morir y muere para vivir. Que no eres más que un reflejo de un piélago inmenso, que la melancolía es recuerdo de un tiempo sin tiempo. Extiende tu mano hacia la mía. Y te advierto: no he de ser yo quien imite el movimiento

XXVIII

Como el útero reseco de una anciana de estériles anhelos, la otoñal añoranza de un invierno que no acaba, el parásito famélico de un estómago hambriento, la voracidad insaciable del gigante, y tantas otras cosas más, que no encuentran palabras para ser expresadas.

XXIX

Ha de ser mucha mi espera, demasiada. Estoy cansado de observar la masacre desde la torre más alta. Y todavía no me acostumbro a ver tanta sangre. Si al menos fuera la mía. Pero estos salvajes la



tragan y vomitan. No habrá tribunal alguno que pueda juzgarles: víctima y verdugo son una sola carne.

XXX

Hermano tedio, hermano hastío ¿Cuánto más ha de durar éste vano sacrificio?

Inclínate, vasallo, ofrenda de ti mismo; que cualquier hazaña es grande comparada con la rústica labor del campesino. Eres miserable, y lo sabes. Alábame. Deja correr tus gemidos de placer y de odio. Que tu semilla despierte mi óvulo durmiente, y deshazte ya de esa cizaña, que aguarda su hora con ansias destructoras.

XXXI

¿A quién apuntas, arquero, tu flecha dorada? Tensas el arco y disparas a diestra y siniestra, sin saber si dañas o no dañas a tu presa. ¿Cuál es la razón de tal empresa, que al parecer carece de sentido? No hay tal presa, ni enemigo. No he de ser yo quien lance la saeta. La dirección la marca el céfiro, con rumbo desconocido.

XXXII

Feliz sea el sueño del embrión, que descansa con ignoto regocijo; merezca, ya crecido, toda mi compasión, al ver tamaño sepulcro de genes fenecidos. Piedad para con él, por lo que pudo ser.

XXXIII

Antes quisiera como buen extranjero gozar de este mundo, que revolcarme en la mugre, inmunda podredumbre, para profanar la calma del difunto. Antes quisiera, sí, pero no puedo. ¿Qué sería de mí sin el honor que me fue conferido por mi señor?

XXXIV

Preguntadme ¿Cuál es tu mayor deseo? Abandonarme a los buitres y a los cuervos, ser despedazado por un sinnúmero de picos carniceros. ¡Ah! Me estremezco al contemplar tanta caridad. Pájaros carroñeros: ojalá pudiera darles algo de dignidad al diluirme en su sangre, previa indigestión abominable. Y también humildad, quizás.

XXV

¿Cuántos días más he de escuchar este pulso monótono de perezosos latidos? Se ha tornado fastidioso. La fatiga es mucha, la orfandad ciclópea. Mi pedido es súplica: corazón, detente.

¡Ah! La ignorancia, tesoro divino, que sólo se valora cuando se ha perdido.

XXXVI

Ya no más esfuerzos, enano macrocéfalo. Tu nariz diminuta apenas oxigena tu colosal cabeza. Hablas pero no escuchas las palabras inconexas que brotan de tu boca, verborragia pedante, infructuosa. Respira profundamente y devuélvete a la inercia.

Con un solo parpadeo abarcar el universo. ¿Quién pudiera saber todo lo que ignora? Privilegio de algunos. Y no temas: para todo ha de haber una satisfactoria respuesta.

XXXVII

¿Qué me ofreces, villano, en bandeja de plata? ¿No sabes acaso que no hay nada a que atenerse? Suelen los náufragos embarcarse en la primera nave que cruza su camino, sin saber ni preguntar hacia dónde se dirigen. Sea uno u otro puerto ¿Qué importa? Todo

sea por un pedazo de tierra firme. Crees que puedes engañarme: no lo intentes. Ni siquiera la verdad podría convencerme.

Escucha plebeyo irreverente: imposible es engañarse ante la muerte. Dilúyete en la ciénaga si así lo quieres, o acepta mi ofrenda, la evidencia final de tu existencia.

XXXVIII

¿Qué pudo haber creado semejante engendro? No cabe en nuestro cráneo desorden tan grande. Afila sus colmillos para hincarlos en su propia carne, se devora a sí mismo con ánimo festivo. ¿Qué aciaga, desafortunada corriente, arrastró a este bárbaro hacia nuestras playas? Quien pueda contestar, que lo haga y se lo lleve. Repele.

XXXIX

Porque amo la armonía, me retuerzo y rebelo contra todo desorden, blasfemo y me desdoblo para ser uno solo. En mí habitan y se funden la iracundia del arcángel, la compasión del demonio. La crueldad y la bondad: no las distingo. Jamás he de discernir la virtud del vicio. No conozco el infierno ni el paraíso. No cultivo la esperanza ni el desasosiego. Nada temo.

XL

¡Ay! ¡Cuanta desdicha! No tener mayor rival que uno mismo. Aguardo con impaciencia mi página más selecta, escrita de un solo trazo, brutal y definitivo. Quizás sea lo único que me mantiene vivo.

XLI

Ser joven, ser viejo. Contar los años con los dedos de los pies y de las manos, para saber que hemos hecho y que hemos dejado de hacer. Grotesco: ser lo que se espera que seamos. ¿Y cuando se acaben los dedos de los pies y de las manos, con qué seguiremos

contando el transcurrir del tiempo? Con el miembro viril, los testículos y los pelos del pecho.

XLII

La palabra ¿Una llave que abre recónditos portales? Demasiado bello. Mejor te daré una daga para que la hundas en tu cuerpo, la revuelvas, busques, te desangres y veas de qué estas hecho. No digas nada: conozco la respuesta. Cierto es que preferiría no saberla. Si fuera por mí, callaría, pero no he de ser yo quien lo decida.

XLIII

¿Quién ha de pronunciar estas vanas palabras? Soy yo, aun siendo otro, inabarcable. Háblame a través de mí, instrumento y término, círculos concéntricos. Conquístame para conquistarme, o abandóname, y hazme saber que sólo soy un hombre, pequeño y despreciable, entre todos los hombres. ¡Ah! ¡Qué gran descubrimiento! Cuanto lo siento. La verdad, repugnante elixir. ¿Creíste que estabas sentenciado a vivir entre los puercos? Lamento decírtelo: eres uno de ellos.

XLIV

Extraño a aquel bucólico poeta, que pudo haber hecho de una hembra cualquiera una noble doncella, de un labriego simiesco un digno caballero, de una acción pueril una proeza, de un instante trivial otro inmortal. Ignoro cuán feliz pude haber sido. Ya no importa. Me debo a una ingrata tarea: aniquilar apariencias.

XLV

¿Qué puedo decir? He comido demasiado. No logro levantarme. Nací en una tierra generosa y fecunda: jamás moriré de hambre. Sonrío. Mis dientes están cubiertos por un espeso manto ama-

rillo, de mi boca se desliza un grueso hilo de saliva. Estoy contento. La miseria humana ha de ser mi alimento.

XLVI

El mar revuelto, turbulento, suele a veces hermanarse con el cielo, perderse en el azul poniente, aquietar su desenfreno. El silencio. Has soltado los remos, tu cuerpo está tendido sobre la barca, tus dedos apenas tocan la superficie del agua, y sienten las breves, fugaces ondulaciones. No son humanas. Escucha: una voz misericordiosa se ha apiadado de nosotros, y ha decidido hablarnos en nuestra lengua profana, para insultarnos.

XLVII

Cuéntanos una historia de las que tú sabes, de las que siempre nos cuentas y que tanto nos divierten, la del orate que reprime sus impulsos, la del asceta impaciente que apura su destino, o aquella del fugitivo que busca incansablemente un ilusorio cobijo. Habla ya. No calles. Cuéntanos una historia digna de contarse.

XLVIII

Le di mi mano a quien no me la pedía. Y me escupió la cara. Rústico, que en buena hora has salivado a este descreído ¡Qué gran lección le has dado! Tanto odio derramado en vano, tanta caridad desperdiciada. Profundo es el ensueño larval del vulgo. Inútil es forzar la naturaleza humana. Tal es la ley. Acéptala, resígnate.

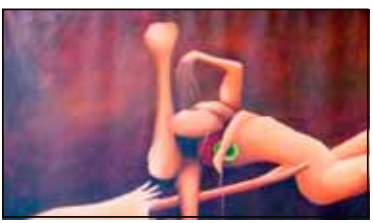
XLIX

¡Ay! ¿Qué fue de aquellos héroes que ofrendaron su vida aun sabiendo que detrás de la victoria aparente se esconde inevitablemente la derrota? Duermen. Han echado raíces en el suelo. No esperes nada de ellos. Hablan sin emitir sonido alguno, moviendo

sus labios ajados, secos. Y dicen: aquí y allá y en todas partes se ha librado desde siempre una lucha despiadada. Lo mismo da perderla que ganarla. No más vanas acciones, no más palabras humanas. Dejadnos contemplar en paz la inmensidad, diluirnos en la providencia, desaparecer con ella.

L

Estaba en el aire, y no lo veías. Ahora que lo ves, no lo comprendes, y desfalleces. ¡Ah! ¡La indolencia propia de la sabiduría! Frutos sin semillas, ramas secas, hojas amarillas. No te dejes caer en la desidia. Desdichado es aquel que extravía su camino, queriendo ser quien no es, huyendo de sí mismo, creyéndose dueño de su destino. Para no perder las pocas fuerzas que aún conservas, alza tus brazos y reza una oración imposible: sea fango el fango, sea fuego el fuego. Regrese cada hombre a su elemento primigenio.



Ezequiel Tambornini. *Buenos Aires, Argentina*

Periodista y escritor. Autor de "Biotecnología: la otra guerra". Fondo de Cultura Económica (2003). Secretario de Redacción de la Revista CREA. Editor de www.infocampo.com.ar

Julio Alberto Balcazar Centeno
Colombia

Cowboys.

Y ya serán todos estos sueños que hemos enterrado, como pálidas flores
Para el corazón de un ruido sin espalda, por el que solíamos perdernos en la lluvia.
Hecha la valija de azarosas mujeres tendidas sobre la hierba fresca,
Jugaremos a los dados en los escalones de un cielo torpe, bordado en largas zanjas
De nubes platinadas, con la voz ronca de las caracolas amarillas que solíamos recoger.
Hermosa mujer, en un jueves irremediablemente perdido, y muerto el primer sustantivo,
Quise acordarme de mis ojos.
Ahora ya no importa: las estaciones, como el peso de tus encías, tus párpados volados
En una música salvaje, y aun la longitud que ocupa el cadáver de una hoja,
Todo será resumido en un instante. Nada que impida crecer a los girasoles.

Nuestras lápidas se cuidarán con los pensamientos inútiles de los pájaros, creciendo
Al flanco derecho de mis manos, un exilio de pétalo y tuétano.
Un trazo huérfano de sol en las cercas oxidadas, para cabalgar este Agosto en flamas,
Como una sensual bestia en bluyin, un tiránico abrazo resucitado de golpe.
O quizás, apenas como el metro setenta de aquel puñado de polvo en enjambre,
Que carga toda la prisa, y toda el hambre.

Poema # 3267.

Bailar Beatles reduce la expectativa de vida, lo dicen científicos vieneses.
Está en la Biblia. Siempre se corre el riesgo de sufrir paranoia en los talones.
Liar porros sin amor y sin sexo, da mala digestión y mal aliento.
Dormir en posición horizontal es no tomar partido en la lucha de clases.
Psicólogos bolivianos están de acuerdo: lo mejor es dormir colgado del techo.
Es recomendable jamás, bajo ninguna circunstancia,
Negar un beso a un completo desconocido.
Las leyes de la física alientan esta teoría de la promiscuidad
Como método anticonceptivo para reducir la paz mental.
Vea televisión hasta tarde. No deje nada para mañana; es vital que no haga nada hoy.

Está comprobado, ahorcar ortondocistas reduce el estrés.
Así que, déjese florecer una caricia en la nuca, y llore todos los santos días del año.
Ya verá cómo se vuelve loca en un par de semanas.
Si escucha Beatles, fuma, si fuma, apague sus cigarros en el misericordioso más cercano.
Hágale un favor, inícielo en el vicio de las gaviotas, tórnelo cliente recurrente de sirenas.
Satúrele las venas con Ketchup, y los oídos con una descarga de la Fania All Stars
(New York/ Verano/ 1975)
Nutricionistas alemanes aprueban el desvelo, el desvío, y el robo como rejuvenecedores.
Sea tonta, agresiva, baile Beatles. La vida es triste y fea, pero toda nuestra.
Hay cerveza y billetes, y certezas que nadie usa.
Son hermosos los pájaros negros que sobrevuelan nuestros sueños.

Retrato para un desconocido.

49 años y un nido de palomas en el cuero capilar, acumulo en esta esquina del mundo.
Esperando a una flaca de tetas pequeñas para arrojar al mar todas las puertas.
Porque ya no espío las cerraduras,
Y me he dado cuenta de ciertas habitaciones sin ventanas,
Donde sólo pude ver espaldas en colores marchitos.

Muchas veces te dije: “hasta pronto”, cuando ya empezaba a enviudecer del tacto.
Mujeriego de reflejos, y musas platónicas. 49 y anatomía del silencio.
Nicotina de torpe fantasma. Economía del sudor.
49 vueltas de satélite alrededor de nada y “bara-ban-ban-ban”.
Por esta esquina sola ha cruzado la nieve en tacones. Los Renault y un traje rentado.
El shampoo de durazno de cualquier fulana sin mi boca enredada en su histeria.
49 y un “cerrado por derribo” colgado de la caricia.
Paladar de otoño en el verso que no desnuda.
Es que en las fotos mi encéfalo siempre da la espalda, y mis costillas sonríen a lo ancho.
¿Por qué sonreirán? Realmente no lo sé.
Será que soy un delicado pájaro bipolar.
Hoy veo los árboles del parque escritos con mala ortografía, demasiado bellos.
Devorando parejas y niños. Su paladar de hojas vuelto al viento tornasol de Octubre.
El color metálico de los columpios bajo el cielo plomizo.
Veo pesadillas de amores eternos, y cines a oscuras.
Veo necesaria la revolución comunista, si garantiza las golondrinas,
Las flores, y una mujer que me arañe y me pida hablarle obscenidades en la alcoba.
49 y es tan sólo otro número, una linda mentira, ¡un invento, por Dios!
No el ancho de esta espera en la que cabe todo, absolutamente todo y el mar.
Los pasos que ya nadie busca. La tos del viejo.

“Bara-ban-ban-ban”.
49 años de verte no aparecer/ ni tú/ ni yo/ ni nosotros/ ni tus tetas.
49 y conjurando más que conjugando, porque, si llegaras al fin: ¿qué haré de mi vida?
¿Dónde he de poner esta miopía de ventanas? Y, ¿mi mala salud? ¿Tendré que pagar exilio a todas las mujeres de mis espejos? 49 y páncreas.
Caries, y un: “quédate hoy, que tengo miedo” a cualquier desconocida.
49 y la lluvia cada martes a jugar parqués con el distraído ir y venir de la gente…
“Bara-ban-ban-ban”.
Las páginas mojadas de este gran teatro.
49 años en esta esquina sola del mundo, y “bara-ban-ban-ban”.

Mayo

Curioso animal, nunca tuvo el tiempo suficiente para empezar a odiarme, y tenían sus
Ojos enredados un ovillo en verano de frágiles coincidencias.
Entramos de la mano a tantos aeropuertos con despedidas, que nos quedábamos colgados De cielos mal atornillados, imaginando lo que estarían haciendo respectivamente nuestras Bocas. Perdidas en espejos que continuaban nuestros besos, y los prolongaban un tanto Más en aquella desnudez de ordinaria locura.
Torpes líneas de tinta roja, para las palabras que se desprendían de su silencio. Palomas

Miopes y adúlteras. Ella. De tacones y labios rojos, para un tiempo de pájaros.
Éramos dos hermosos sádicos para el azar, sentados frente a frente en cualquier café.
Todos los giros y las calles de un lunes, como una madeja de cabello en el lavamos.
Yo, a la deriva de la plaza y el cielo. Ella, florecida de una resaca con Vodka.
Fotografiando ataúdes de invierno en las hojas cobalto.
Con sombra y con bolso; con costumbres y arreglos, y despedidas; la mirada un poco
Irritada por la droga. Borrón de hábitos para no dar la razón a los espejos.
Nunca tuvimos tanto tiempo (su piel, dulce artefacto)… Pero salíamos a dibujar tímidas
Letras en la punta de la lengua de un esquizofrénico. Todo ardía, lo recuerdo.
Aún mientras interrogabas una bandada de gaviotas, comprando excusas para vivir.

Sólo la derrota merece una plaza.

Viejo sombrero negro de cowboy. Lánguido en dos costillas rotas.
Recién afeitado con Valium. Dos toques de colonia. Se regala más joven al cansado
Espejo de su memoria, donde busca, y triste encuentra a un fulano de barba
Dando cuerda a una victrola. Quizás fuera culpa de aquella mujer.

Sus manos sólo le enseñaron a perder el camino.
Cada lunes se aburría domesticando cuervos para un pintor local.
Hasta que ella lo vio, y él la tuvo.
Ahora solitario, inventa torpes risas con colillas de besos rotos,
Allá en York Shire, donde nunca se pierde una convención de golondrinas, y siempre
Va con su escalera al hombro. Mascando un tallo infantil.
Lo recuerdo colgando alondras furibundas de cualquier resplandor de intemperie,
Mientras extraía del ajado sombrero, souvenirs de amores eternos.
Ebrio del ron que destilan sus mujeres de luna, y bailando valses con el viento,
Sabía ganarse la melancolía vendiendo pomadas (sudor de la Magdalena para anémicos).
Tenía por colchón cualquier palmo de paisaje.
Alguien dijo verle el hambre en Ciudad del Cabo, con su fabuloso cabaret de sombras.
Dos costillas rotas, y aspirina. Allá por el inexacto recuerdo de aquella mujer.

Registro vertical de gaviotas (i).

Poco a poco las cosas han vuelto a ocupar su sitio.
Ha recuperado su estatura el día y los años su rutina exacta en hueso.
Estas horas que nos resuelven, nos dejan tristemente intactos en la caricia.

Poco a poco se ha vaciado de colillas la madrugada.
Pero el sillón y la mesa, las tazas y el balcón…, los resquicios del polvo,
Se han quedado mudos: deshabitados.
Las colegialas pasan sin las pulgadas necesarias de nuestra caricia.
Del mundo atesoramos apenas un eco mentiroso.
Poco a poco se las ve evaporarse, mutilarse el pincel y huir del lienzo.
A través de los muros y de las grietas en el piso. Bajo la puerta.
Poco a poco se oye quedarse solo, rodeado de nada.
Las siente extinguirse cautelosas al final del sinónimo.
Sin ellas, de hierba y padre suicidado al óleo, danzando en su infancia,
Emborronando la intemperie de lo venidero.
Sin ellas, y apresado en ceniza, poco a poco ha perdonado a los espejos.

Obsceno en rosa (ii).

De aceite flotan los días, fumando en tarde perspectivas marinas,
Cual fugaces acuarelas de su pipa junto a la ventana.
Con bailarinas de Can-Can, y una gillette en el nochero, recuerda la luna
Oxidada en el patio, parada de puntas en las ramas desnudas.
Una foto de feliz aviador, le trae la colonia de un jazmín.
La boca que hablaba en caduco alemán, y las piernas de suave licor.
Y así pasan, de recuerdo y exilio, una a una las jornadas,

En su lenta procesión de días marchitos, en los que apenas si remoja los dedos,
Como diluyendo a derivas el vino.
Espantando las moscas con el gajo de la última mirada que se dieron,
Impresa en el aire, se funde la huella de una crema de durazno para depilar,
Mezclada con el vaho tosco de su cigarro.
Pesan así sus años, como barcazas destrozadas; jubilado de puertos y en bancarrota de
Gaviotas para un remiendo de cielo. Resumida la libertad en el puntual calendario.
Lía solitarios monólogos de domingo, vestido en harapos de olvido.
Viudo para siempre de sirenas.

Maquínica de pájaros.

¡Que el pasado sea este colchón en llamas! Que de tus huesos no quede más que una
Melancólica pira azul. Un ramillete de colillas. Un cementerio de ventanas.
Quizás el viento limpie las mariposas muertas en el parabrisas, y quizás no exista lugar
Donde recogerse las sienes cansadas.
Pero por ahora, ¡gira, gira mi querida!… ¡A prisa del tiempo escaso!
Después de esta cerveza, mi piel y las hojas pertenecen al viento.

No se molesten
En llamar ninguna ambulancia. Arrojen mejor al mar todas las escaleras.
¡Entiérrenme de una vez, y a otra cosa! Desconecten los teléfonos.
De cabeza al hoyo, y que siga el lunes y la lluvia.
Ya sé que no habrá otro noviembre 16 del costado de esta mujer.
Ni los muros donde dejábamos nuestras últimas palabras.
Quiero fluir huérfano como la tierra; 15 metros bajo los párpados.
Me iré con mis veranos, oyendo una música lejana.
Pónganme mi traje. ¡Mi escafandra!
Empaquen en mi maleta algo de jarabe para la tos, que a veces cae nieve sobre los
Caminos. Nunca reprendan a un girasol que estornuda sobre las lápidas.
Hermosa es la luz de luna que golpea la hierba y la hace crecer.
Siempre podremos leer el periódico por los sustantivos y el ayuno de los amantes.
En el pueril y hermoso deambular de la vida.

Días extraños.

Un chulo italo-americano trajo a las muchachas y repartió al antojo los nombres.
80 veces repetidas en los espejos, entraron con el desordenado clap-clap de su
Taconeo en billetes sencillos. Y nadie preguntó por la rotación de la tierra.

Realmente no había mucho que conversar, pero estas lésbicas fanfarronas ya se besaban.
Tenían escotes en tinta china, tal vez un poco neuróticas con el Channel.
Dulces, se llenaban en caricias que se nos caían de las manos.
Era un juego divertido, para días extraños.
Una temporada de fe casi perfecta, cuando la música nos perdía.
La trompeta de Miles,
Siempre sonando, entre preguntas y respuestas sin ortografía.
Apenas palabras sueltas.
Los teléfonos repicaban. ¡Al diablo con ellos! Teníamos dinamita y tele por cable.
Nicotina analgésica y las escasas hojas de un amarillo triste,
Cubrían en la acera el cadáver-travestido de otro desquiciado al óleo.
Era hermoso, eso de reventarnos la frente contra los cristales.
Enviando telegramas urgentes para que trajeran repuestos de calles.
Era la vida una bella ruina azul, y estos días tan extraños, escribiendo postales
De última hora, con un sincero: "estoy solo…", y luego pedir comida china.
O morder un pezón ajeno, y dejar que a la mañana siguiente la mucama encontrara
Una confesión firmada de homicidio, junto a la propina.
Y en el closet, feliz los despojos de un holandés de barba, que tirita sin una oreja.

Puercoespín hot-jazz…, adiós Tomy.

Tendrías que verlo por ti mismo, y saber cuánto ha pasado en tu vida.
Siempre creímos que la luna era una lágrima de maniquí. Lo sé.
Ahora estarás de paso, como no hay otra forma de imaginar al chico californiano.
Tantos hoteles. En Indiana tenías un revólver, y hacía calor.
Echa un par de monedas en la Biblia mecánica.
Tomy, todas las chicas como yo tienen labios de origami para ti.
Oh, Tomy querido, es una costumbre muy fea la de recordar, no ¿crees?
Estas palabras no son nada… Es más típico de lo que crees.
Hay un grupo de palomas que ponen zancadillas al viento, una frontera que siempre nos
Pasa, un gatillo en la punta de la lengua para despedirnos, para echar todo en una caja de
Zapatos y simplemente largarnos tan lejos como se pueda.
¡Ah!, la vida, la vida… Perdimos todo el dinero.
Las apuestas nos dejaron el descampado y un par de litros en el tanque.
¿Por qué nunca me escribiste una canción? Ya sé.
Siempre, por cada cosa dicha, una pila de papeles se queda.
Es así. Las palabras tienen dos filos. Son como los cajones de los magos.
Las sábanas están sucias. Hay un cadáver nadando en la piscina, el sol refleja el agua y de
Alguna manera, refresca. ¡Qué hermosas son las moscas de mayo!
Tomy, dejemos todo esto. Hay un mapa en la guantera.
Nos haremos viejos y tontos entre los árboles.

Con un poco de lluvia cada martes, y sopas en lata. No quiero más.
A veces no es cuestión de conformarse, tanto como de hacer un bonito plan con aquello
Que tienes a mano. Es poco el tiempo: tú lo sabes mejor que nadie por aquí.
¡Ah!, la vida. Nuestro pasado en el maletero.
El viento agita mi peluca; llévame un par de kilómetros más, donde todos los arco-iris
Terminan, justo antes de aquella gasolinera.
Tomy, al fin podremos descansar.
Necesito darme una ducha. Quizás hagamos el amor.

Funeral.

Necesito escribirte, frase por frase, ahora que te alejas para que el aire no sea más
Que la ruina de nuestras palabras.
Ahora que repito en baja voz y con los dedos, tu nombre, y repaso el contorno
Violáceo de tus párpados. Necesito perder estos viejos fantasmas, así como esta piel
Inservible de maquínica-melancolía.
Trágico marco perfecto de horas que me lamen los pies.
Recuerdo nuestros paseos por el cementerio, sus carruseles de cemento y mármol tallado
Con todos los días del mundo. Sus girasoles y las libélulas de tu lengua.

¿Éramos felices? No sabría decir. Recuerdo el sol.
Los mil abrazos de la hierba, mientras prendíamos fuego a las nubes.
Entrábamos a los supermercados a oler las frutas.
Un vino económico, cigarrillos; te tapabas la cara con las manos, y yo extendía los brazos
Volando en un confortante aire-acondicionado, a bordo del caballito metálico.
Cruzando el pasillo donde comprábamos la gillette.
Debo decir que era hermoso ser un homosexual cuando nos besábamos cerca del estante
De las carnes congeladas. El piso brillaba recién encerado, como una promesa.
Las bombillas eran blancas, todo olía a desinfectante de jazmín.
Era bello, y por eso lo escribo, antes de echar esta gastada caja de signos por la ventana.
Ya sabes como es, que somos víctimas de los brazos que en vano esfuerzo buscan no
Dejar escapar el universo.
Te extraño, pero te dejo este techo derruido de nuestros besos.

Le petit savage.

Ya ves que camino de la mano del diablo. Yo y mi circo de nubes.
Y te dejo esta polvareda de palomas con adioses enlatados, y besos que no te daré.
Para que no llores, que por esta mitad de Agosto me mudo,
Nadando plácidamente entre los médanos de un río invisible y

polvoriento
Cual amor de mariposa.
Recién afeitado el muerto que seré, parto dando brincos en mis botines ortopédicos.
Soy un crío asmático de mala cuna. Pasajero-polizón en páginas como laberintos.
Empañando los cristales con un vaho de tigres y sarampión, voy dejando entrar en martes
Al milagro de mi carne, venida horizontal de quién sabe dónde.
Llevo mi traje de fieltro, pañuelo rojo, sombrilla y bombín,
Y voy dibujando siluetas de naranjas en el aire indocumentado.
Deliciosamente abandonando.
Ya jamás intacto, habito y soy rey en el país donde se inventa y patenta la nieve,
Lejos, a orillas cobrizas donde descarrilan trenecillos de la Indian Company.
En la silenciosa certeza donde moran todos los arrepentimientos de la lluvia y todo
Aquello que sin darnos cuenta, habremos de perder.

Julio Alberto Balcazar Centeno. *Colombia*

Poeta. Mención en Poesía Concurso Literario Bonaventuriano 2010.

Cuento

Cuento
Primer premio

Diego Gil Parra
Colombia

Expiral

Luego de despertar, el prisionero abre los ojos. Se levanta con cautela. Inspecciona el entorno. Concibe el plan en un segundo. Rompe, por un extremo, la cadena. Fuerza la cerradura. Franquea la puerta del pasillo. Salta por encima del portal del pabellón. Atraviesa al fin, por un agujero, la reja exterior.

Una vez afuera, en medio del terror, vuelve a cerrar los ojos.

Conden(h)ado

Inmóvil casi, con una perpetua serenidad en el semblante que más parecía resignación y con los brazos siempre en cruz frente al rostro, vivió sus últimos días. Al interrogársele por la razón de postura tan extraña, contestaba, a veces impasible, a veces desdeñoso: "¿No lo ven? Estoy preso. Éstos son los barrotes de mi jaula", y balanceaba luego, con fatigada suavidad, las extremidades rígidamente cruzadas a la altura de la cara.

-En vista de la ineptitud de los tribunales humanos –continuaba-, me vi precisado a hacer justicia por mis propios medios.

Opciones

Usted tiene dos pecas en la cara y quiere subir el edificio. Así que piensa, día y noche, en las alternativas. Conseguir una escalera que lo coloque en el segundo o tercer piso, obviando el primero; adquirir un globo y aterrizar directamente en la azotea; o, por qué no, sencillamente llegar, muy orondo, a las ocho o diez, ofrecerle un rápido saludo al guarda, como de autoridad, y escurrirse rápido hacia los ascensores. Esto último es por supuesto lo más fácil pero también lo más arriesgado, pues queda por resolver el asunto de las pecas. Con las dos primeras opciones, está el problema de los curiosos, los escuadrones, el fiasco escandaloso. Pero luego de pensarlo varios días, se decide por el saludo.

Usted, pues, llega despacio, muy despacio, e intenta la mueca. El guarda lo mira de pies a cabeza, se detiene un momento en sus ojos, avanza luego hacia el sitio exacto de su temor, las pecas mal disfrazadas, y usted se siente desnudo. Entonces, recobrándose de la perplejidad, da media vuelta, se devuelve espantado y se dice a sí mismo que habrá que intentarlo otro día o que mejor será entrar en otro edificio, tal vez el que queda enfrente.

Con estas ideas convive semana tras semana hasta que, sofocado, pierde toda fuerza y todo interés por el suicidio. Sólo queda, en el espacio roto de la huida, tomar por la nuca la enorme grieta de la angustia, el par de pecas que se ensanchan, y lanzarla por los aires más allá del aire.

A medio milenio de Isabel

Con el tiempo las cosas cambian su rutina. Sucede que me llamo Cristóbal, natural de Génova, y que sobre mí ha recaído, como sobre cada hombre cada tantos años, una misión histórica. Voy a referirla sin detenerme en los detalles, en beneficio quizá de mi terror.

El hecho es que al otro lado del mar océano, algo, no definible y ardorosamente cautivante, esperaba. Dispongo entonces las armas, los veleros, las provisiones, el aval de mis reyes. Comienza la travesía, y a lo largo de los muchos sobresaltos del camino voy dándome cuenta de cómo las coordenadas se complican. Lo primero que se me ocurre luego del momento deslumbrante de la llegada (anuncié que prescindiría de los detalles) es proceder a la Conquista: campañas de sometimiento, dureza y fuego contra las barricadas, cuchillo contra las flechas y las uñas enemigas.

Una vez asegurado el dominio, o al menos buena parte de él, sobreviene el paso casi forzoso: el avance hacia las zonas recónditas, el mapa legal y milimétrico, la bandera Colonial sobre montes, valles y cascadas.

Ahora bien, pasan las horas y los ciclones. Estoy adentro y siento cada vez más que me asfixio; que yo, junto con mi espada de invasor y mis botas de tirano, me hundo sin remedio en el pantano de mis posesiones. Entonces ocurre: en el momento justo en que estoy a punto de expirar, veo anunciarse, como una revelación tardía, el periplo que faltaba, no sé si para salvarme o para consumar la caída. Veo aproximarse el clímax, el Descubrimiento, la coordinada que mi ceguera o mi falta de coraje pasó por alto. ¿Quién eres tú, mujer conquistada, mujer colonizada, mujer que sueña con su independencia?

Diego Gil Parra. *Colombia*

Nacido en Marsella, Risaralda, en 1967 y residente en Cali desde hace 30 años. Licenciado en Literatura en la Universidad del Valle (1990). Profesor de Literatura y de Humanidades en diversos colegios y universidades de la ciudad. Libros publicados: *Aforismos* (abril de 2004, editorial Sembrar cultura), *El homo litterarius* (513 textos breves sobre lectura y escritura, octubre de 2004, editorial Botella y Luna) y *Yo hablo, tú escuchas, ella lee* (en coautoría, Editorial Universidad del Valle, 2007). Algunas publicaciones en revistas de circulación regional y nacional.

Cuento
Segundo premio

Néstor Hugo Villoldo
Argentina

Soles Nocturnos

El enemigo esta quieto…

Es de día…

El, recupera sudores. Se fortalece en sueños de víctimas y triunfos. Durante el atardecer, planifica la noche; y durante ésta, cultiva las técnicas y fabrica las armas…

Pero el enemigo tiene un enemigo…, y cuando éste cree que todo está perdido…, se entrelazan los vegetales…

Las ramas y las hierbas están resecas.

Las manos de Montemorelos tiemblan de habilidades. Tejen círculos sin flores.

El enemigo está cambiando las formas. Lo siente en el pecho. Los escucha trabajar…

La pequeña luna del cielo, no alcanza para ver las armas.

Habrá ataques. Montemorelos necesita conocer al enemigo. Ne-

cesita un sol que les ilumine las caras, las armas y el corazón.

Sube la noche.

Sobre el punto más alto de la ciudad, la pequeña cruz de la iglesia, está sentado Montemorelos; espera que la noche deje de subir y se estanque. Carga con siete roscas, que no son adornos…, chorrean de brea las siete; y a una por una las domina el fuego… Giran lanzadas en una búsqueda estéril. Son días pequeños que recorren un pueblo dormido. Son soles efímeros que se mueren de cenizas.

La noche comienza a moverse nuevamente.

Desciende y camina el hombre de la infructuosa búsqueda…

Las cenizas de siete guirnaldas, se regeneran en fuego. Un sol de ramas, hierbas y brea ilumina la cara de Montemorelos…

El Óvalo

La luz recorre desesperada los rincones del patio, dispersa sus uñas, las clava en el musgo y trepa por las paredes, agotada, cae de espaldas contra el piso salpicando todo al atravesar la parra; tendida boca arriba extiende una mano, el viento se la toma, la pone de pie y abusa de ella cual si fuera una niña irremediablemente hundida en el silencio. Ella lentamente enhebra con hilos fulgurantes, los vidrios de la ventana del dormitorio de mi padre. Teje un instante de quietud en el tiempo. El la espera, oculto detrás de la transparencia. Ella pierde el poco vértigo que le quedaba, y va a su encuentro atravesando las mentiras, los secretos y la esperanza.

Hay una simbiosis descolorida y sangrienta entre ellos.

Mi padre, casi vencido, se deja arrobar por una tenue excitación... Pestañea mientras es traspasado por la luminosidad, que de regreso de una pared ahuecada de humedades recónditas y clandestinas, lo envuelve hasta el dolor.

Parpadear era volver, salir de esa embriaguez de esplendores, brillos, relámpagos y deslumbramientos; regresar de las distorsiones del tiempo y los colores. ¿Esto se repetía únicamente cuando estábamos los tres?

Mi padre.

La luz.

Y yo.

En verdad yo solo era un espectador porque cuando mi padre depositaba (Y digo "depositaba" porque era como tenerla en una de sus manos y dejarla casi sin querer sobre algún lugar) su mirada sobre el resplandor que trasponía los vidrios de su intimidad mas profunda, se introducía en la ausencia. Su cuerpo, desposeído de él mismo, no tenia registro del entorno; a no ser que este se presentara con fuerza. Un grito o el sonido de una lágrima abriéndose paso para brotar lo traían hasta el instante anterior.

Entonces propicie varias veces la misma escena: cuando solo estaban su cuerpo y la luz, me paraba a su lado e imaginaba que yo era él, que yo era la luz, que los dos, juntos y cómplices; mirábamos nuestros cuerpos desde la ausencia; pero su abandono no era el mío y volvía a perderlo. Entonces regresaba a estar junto a ese estuche vacío que era mi padre, esto me producía una ira triste que en el centro de un grito me hacia llorar. Al escucharme él me hablaba de un susto, de un sobresalto, de un súbito regreso... Entonces yo le preguntaba ¿Qué estabas mirando tan concentrado? "No lo sé", era su respuesta. La percepción, la luz y el espacio eran solo cosas circunstanciales; excusas para desterrarse.

Ese “No lo sé” era, creo yo, un estado de confusión producido por el vértigo del regreso. El verde, el morado y el negro de la parra, las paredes de la habitación, la luz, el aire espeso y el viento moviendo todo, eran imágenes que se repetían en su mente en sucesiones fraccionadas, haciéndole perder la noción del principio y el final. O bien había una premeditación inconsciente para perder estas nociones.

El tiempo pasaba a través de una lentitud insoportable.

Los días abusaban enlodados en reiteraciones.

Durante caminatas y paseos indolentes y torpes, mi padre se detenía y observaba cosas vulgares como si nunca antes las hubiera visto, la corteza de un árbol, sus hojas, el vuelo de un pájaro, el cielo... Y aquí provocaba, también, mi detención... Porque su mirada se demoraba como si el vacío tuviera diferentes alturas... La mía se hundía irremediablemente en el espacio... La de él, tenia alguna percepción de capas intermedias.

_____Una tarde la luz deambuló lenta y viscosa, perdió la desesperación, era una gelatina impenetrable y sin uñas, se adhería a las cosas como un ungüento sanador, mientras que el viento se retiraba impotente y vencido llevándose el aire con él. Nada de niñas. Nada de abusos.

Desde un ahogo cayo sobre nosotros el contorno de un óvalo irradiante, sus bordes frágiles y elásticos se estiraron hasta formar una sola línea. La luz humedecía nuestros cuerpos, se aglomeraba en los lugares más ásperos y ocultos hasta hacerlos casi transparentes. Nos cubría una sábana de nítida honestidad.

Yo miraba con sus ojos y él con los míos. Vi a mi hijo tratando de rescatarme de un lugar tan íntimo, secreto y profundo que me hizo respetarlo. Pero era “Mi” lugar.

Cuando salimos del ovalo, y solo cuando salimos, creí comprender a mi padre.

Esa noche perdí de vista varias cosas… La luna… Mi voz… Y hasta una parte inevitable de mí mismo.

Desde Otro Lugar

Camina mi mente bajo un cielo cuadrado y negro.

Se han silenciado las cuerdas y sólo se escucha un suave rumor de manos...

Un sol rojo desarticula la noche...

Sin fuego ni manchas, amanece...

Madura el cielo de uvas...

Se tiñe la vida.

Hay un sol encarnado sin horizontes y sin ponientes.

Veo a una mujer desnuda empapada en vino..., su cuerpo descansa sobre un círculo de tela, y su mente sueña con el fin de una guerra.

Camino hacia ella...

Me aplasta el viento...

Se me desprende el alma..., corro, la alcanzo, la tomo de un pétalo y me congelo; porque veo la imagen de mi cuerpo repetida como en un juego de espejos.

Busco el alma...

El final...

Hay un cambio de soles, de frutas y colores.

Tonalidades: sepias, mieles y amarillas.

La parte de la flor cristaliza y veo a través de ella.

Y otra vez el viento...

Y esta mujer sobre el círculo de néctar...

La recorro con mi lengua amarilla..., y es como aprender, desde otro lugar, y en silencio, de nuevo las palabras.

Néstor Hugo Villoldo. *Argentina*

Publicaciones

En 1991 publica su primer libro de cuentos. Título: "*Des Armado*". Además ha publicado en: Diario El Día de la ciudad de La Plata, y en la revista La Región Interior, también de dicha ciudad.. Durante los años 2003 y 2004 colabora con la editorial "Ediciones De La Pluma", como armonizador de textos de índole educativa. En "Ediciones Al Margen" y en "Ediciones Último Reino", hace la experiencia de seleccionar textos para la publicación de antologías de autores platenses. Tiene publicados 6 cuentos y las obras de teatro "21 & 21", "La Caracterización" y "Hábitos" en la web española www.yoescribo.com.

Premios Recibidos

Año 1976: Mención especial de la Sociedad Argentina de Escritores (Filial La Plata). Título de la Obra: "*carlos logro subir a los techos*". Género: Cuento

Año 1988: Mención Especial de la Federación de Entidades de Bien Público de Berisso. VI Certamen Literario Nacional. Título de la Obra: "*el llanto del cretino*". Género: Cuento Breve

Año 1988: Mención de Honor en el Concurso de Cuento 1988 del Club Gutemberg. Título de la Obra: "*Los espinosa*". Género: "cuento"

Se desempeño como jurado de Narrativa en los "Torneos Juveniles Bonaerenses" en el año 2007 . En 2010 saldrá a la luz su segundo libro, que formara parte de la "Colección del Vino Tinto" y llevará como título "*Suicidios, Ángeles y Alfileres*"

Cuento
Tercer premio *(compartido)*

Pilar Quintana
Colombia

Una segunda oportunidad

Volví en la última lancha. Donaldo llevó mi maletín hasta la cabaña, me besó y me puso delante unas copas. Había preparado cebiche de pescado. Siempre que vuelvo de viaje me pregunta si le sigo siendo fiel. Esta vez le dije que no.

Donaldo se rio. Yo no. Entonces se le congeló la expresión y me preguntó si le estaba hablando en serio. Mi expresión lo fue convenciendo y al fin me preguntó quién era el tipo. Le dije que no lo conocía. Me preguntó si también era policía y si lo había conocido en el curso. Le dije que sí. Me preguntó cómo había pasado. Se lo conté todo. A cada rato Donaldo negaba con la cabeza, parecía desconsolado. Me preguntó si me había enamorado. Cuando le dije que sí se quedó como ido.

Al cabo de un rato me preguntó cómo se llamaba. Le dije que eso no tenía importancia. Entonces me miró, más bien me taladró, y repitió la pregunta en tono autoritario. Le dije que se llamaba Santiago. Me gritó Santiago qué. Le dije que no estábamos en la época de las cavernas y podíamos entendernos sin alzar la voz. Donaldo gritó más fuerte. ¡Santiago qué! Le dije que Santiago era el apellido y caí en cuenta de que ni siquiera sabía su nombre de pila: en la policía nos llamamos por el apellido y nos tratamos de usted.

Donaldo no me quitaba la mirada de encima, tenía una expresión tétrica que no le conocía. Me dio miedo y me fui alejando de él. Me cortó el paso en la puerta y, cuando intenté escabullirme, me agarró del cuello. Lo miré a los ojos y le dije Donaldo, soltame. Me apretó más. Traté de liberarme con una técnica de defensa personal y no aflojó ni un poco. Donaldo es fuerte y yo, una vergüenza para la policía. Se rio con una expresión horrible. Le dije que esto se podía arreglar hablando. Se rio otra vez y me dijo entonces hablemos. ¿La tiene grande?, exigió. No le respondí. Me estrelló contra la pared y me volvió a preguntar con los dientes apretados si la tenía grande. Le dije que sí. Me tiró al suelo y caí boca arriba. No sé por qué no le mentí, porqué no le dije que la tenía pequeña o seguí ignorando la pregunta aunque no creo que eso hubiera hecho diferencia.

Traté de protegerme, pataleaba, le pegaba. Mis golpes no le hacían nada. Me abrió los pantalones y me los bajó. No tenía caso gritar, no había nadie en cinco kilómetros a la redonda. Le rogaba no me hagas esto, Donaldo. Lloraba, me arrastraba, me retorcía como una culebra para que no me la pudiera meter. No me hagás esto, no me hagás esto. Lo mordí. No vi venir el puñetazo, solo lo recibí.

Cuando me desperté una lancha se estaba alejando y era de día. Me levanté con dificultad y recorrí la cabaña encorvada de dolor. Donaldo no estaba y en su lado del closet no había nada. Había vaciado mi maletín sobre la cama y se había llevado sus cosas en él. Revisé la caja fuerte: el dinero tampoco estaba. Encendí el computador y me conecté a Internet sin un propósito aparente, ni siquiera pensaba pedir ayuda, para eso hubiera encendido el radio. Había un mensaje de Santiago y me di cuenta de que eso era lo que había ido a buscar.

¿Cómo llegó?, me preguntaba. Tenía la cara entumecida, un zumbido en el oído, un ojo casi completamente cerrado y la entre-

pierna me sangraba. *Bien,* escribí, *¿y usted?* Respondió al instante: *Acá, pensando en su boca.* Escribí *Yo estoy pensando en usted, en todo usted*, pero enseguida lo borré sin haberlo enviado. Mientras pensaba qué escribirle llegó otro mensaje. *No le conté nada a mi mujer. Lo que pasó entre nosotros fue importante, Martínez, pero tengo que cuidar mi matrimonio. Estoy seguro de que entiende.*

Quité los ojos de la pantalla y me dediqué a mirar el río. Bajaba tan lento y espeso que parecía como si no se estuviera moviendo. Entonces pensé en Cero. Recordar el jingle corporativo que aparecía cada vez que abría mi correo electrónico me trajo cierto absurdo consuelo. *En Cero encuentras una segunda oportunidad, una segunda oportunidad*… Casi sin darme cuenta me encontré buscando en la web las direcciones de los centros de asistencia. La barra de mi correo electrónico titilaba, había llegado otro mensaje de Santiago. *Martínez, ¿sigue ahí?* Se me encogió el corazón y me desconecté sin haber contestado.

Llegué a la ciudad en la lancha del mediodía. La gente me miraba impresionada, no se ve todos los días a una oficial de la policía golpeada. La dirección quedaba al final de una calle polvorienta y el número correspondía a una tienda de barrio que exhibía gallinas vivas colgadas de las patas. Pensé que me había equivocado al copiar. En las estanterías había aguardiente, hierbas frescas y botellas con un líquido turbio, y detrás del mostrador, un indígena diminuto. Le pregunté si sabía dónde quedaba el centro de asistencia de Cero y el hombrecito me mostró el afiche azul que había en la pared. Estaba sucio y descolorido pero todavía se distinguía el logotipo corporativo de Cero.

El indígena tomó una de las botellas de la estantería y me invitó a pasar al baño. Estaba lleno de trapeadores y era tan pequeño que apenas si cabíamos. Sirvió el líquido turbio en una copa y me la ofreció. Le pregunté si estaba seguro de que ese era el procedi-

miento que se seguía en Cero. Pareció ofendido, me dijo que si no le creía podía irme y me mostró la puerta. Tomé la copa. El indígena me pidió que me sentara. Lo hice en el inodoro que era el único lugar disponible. Me explicó que debía tomarme el líquido de golpe y pensar muy bien en lo que no quería que se repitiera.

Bebí tal como me dijo pero solo pude pensar en Santiago, en sus ojos, en todo lo que habíamos hecho, en conservarlo intacto así solo fuera en la memoria. Me quedó un sabor amargo y de repente me sentí mareada. Cerré los ojos y vi una explosión increíble de manchas de colores que poco a poco se fueron diluyendo hasta que todo se volvió negro. Creo que me dormí por unos instantes.

Ahora todo está mejor, ¿no?, me dijo el indígena cuando salí del baño. Asentí sin convicción pues me sentía tan mal como al principio. Después de que le pagué me despedí y él me dijo que no olvidara mi maletín. Le dije que yo no había traído ningún maletín. Entonces lo vi. Estaba debajo del afiche de Cero que, lo noté, ya no era azul sino verde.

Volví en la última lancha. Donaldo llevó mi maletín hasta la cabaña, me besó y me puso delante unas copas. Había preparado unos cocteles de maracuyá. Siempre que vuelvo de viaje me pregunta si le sigo siendo fiel. Esta vez le dije que sí.

Pilar Quintana. *Colombia*

Nació en Cali, Colombia en 1972. Es comunicadora social de la Universidad Javeriana de Bogotá. Trabajó por varios años como libretista de televisión y redactora de textos publicitarios. En 2000 se fue de viaje y recorrió Suramérica, Estados Unidos, India, Nepal y Australia. A su regreso a Colombia se radicó en una zona selvática del Pacífico, donde vive desde entonces. Ha publicado las novelas *Cosquillas en la lengua* (Planeta, 2003), *Coleccionistas de polvos raros* (Norma, 2007) y *Conspiración iguana* (Norma, 2009), además de cuentos en revistas, periódicos y antologías. En 2007 fue elegida como uno de los escritores menores de 39 años más destacados de América Latina en el evento Bogotá 39. Colabora ocasionalmente con diversos medios impresos de Colombia y el mundo.

Cuento
Tercer premio *(compartido)*

Juan Cruz Balian
Argentina

Los Hombres

Es un pelaje ralo, casi inútil, el que se mueve. Apenas sirve para rastrillar el viento fresco de la noche, una de las primeras noches, tal vez un poco más cerrada. A lo lejos se escucha tronar, dos veces, un solo relámpago porque el otro se esconde detrás de la montaña y es un anuncio y un desafío. La rama apretada entre los dedos, el intercambio de miradas, la espalda apoyada en la pared de piedra porque ahora llueve y la piel es fría. Sobreviene algo así que es como el miedo o el agua.

Las hembras se repliegan poco a poco, casi como si lo sintieran venir. El resto mira el cielo. Esperan. Hay uno que se acerca a una hembra. La rodea, la abraza, tal vez la golpea. Abandona su rama, todavía cubierta de hojas. Trata de copular. Los que están más cerca protestan, se abalanzan y durante un momento las siluetas se confunden en la noche. Pronto se escucha el crujir del cráneo rompiéndose contra la roca, alguien baja de un saliente y recoge la rama. La espera se reanuda. Los ojos permanecen fijos en la arboleda mientras la tormenta recrudece y hay que encorvarse sobre la rama para protegerla.

Ahora la lluvia se agita. Se escucha un ir y venir de gruñidos, es una inquietud que avanza y se transmite. Los cuerpos se mueven,

pero no abandonan las posiciones. Son decenas. Se observan a sí mismos, pero sobre todo observan la arboleda que baja hacia el valle. El cielo se violenta a intervalos cada vez más cortos.

Hasta que sucede. Una fina línea de luz se proyecta a lo lejos. Corta a la lluvia, pero no es lluvia. Pronto se empieza a distinguir una nube gris y roja que asciende en la noche, iluminada desde abajo, y allí entre los árboles parece que fuera de día. Decenas de gritos resuenan entre las caras del valle. El cielo responde y los cuerpos se precipitan en carrera hacia la arboleda, arrastrando sus ramas, penetrando la maleza, y rueda con ellos un rumor eufórico que nunca antes se había escuchado.

Guiados por la luz, los primeros llegan hasta el árbol en llamas. Todos al mismo tiempo procuran acercar su rama, saltan y aúllan, y sólo la lluvia evita que el valle arda entre la alegría y el espanto.

Algunos logran volver a la montaña con su rama encendida. Las mujeres observan desde lejos cómo las ramas son unidas y la presencia crece. El calor aumenta. Poco a poco pierden el recelo y se van acercando, traen a los hijos, perciben el olor del humo. Cuando el sol despunta, el cielo todavía está opaco y nadie ha dormido. Se distinguen focos aquí y allá, rodeados por cuerpos que palpitan y pestañean.

Durante un tiempo todas las preocupaciones se subordinan a una sola. Preguntas amorfas estiran sus primeros bracitos y cada tanto se vuelve a mirar al cielo, en pleno día. Alguien se acerca y agrega nuevas ramas, puñados de hojas. En ese intercambio los olores comienzan a trastocarse, a variar. Hay uno que percibe ciertos aromas. Se sienta junto al fuego y se empacha con el humo. Los demás recelan. Observan, tratan de oler. Él recoge una hoja con los bordes encendidos y la lleva al rostro. Ensaya. Tose. Finalmente deja que el aire se cuele por la nariz, raspe la garganta, queme el

pecho. Las pupilas se dilatan y de pronto los dientes se abren para dejar pasar una nube que se deshace en jirones primero, que se disuelve en el aire después. El entusiasmo crece y los hombres se unen. Los hombres bailan. Luego vendrán otros días y otros barcos. Se quemarán los siglos. Mucho tiempo más tarde Rodrigo de Jerez será acusado por sus vecinos. La Inquisición le obsequiará siete años a oscuras, porque todo el mundo sabe que sólo el diablo puede darle a un hombre el poder de echar humo por la boca.

Mi Vida con los Peces

Hoy decidí observarte, seguirte los pasos que vas dejando en la ciudad dormida cuando te levantás por las mañanas y abandonás los vapores de la noche condensados en un colchón donde yo todavía muero, húmedo, transpirado, acompasando el aire que respiro con el jadeo incesante de tu ventilador. Decidí abrir los ojos, alejar apenas la nariz de las sábanas crujientes, almidonadas con la saliva que fue nuestra en aquellas horas lunares cuando hasta parecías mía. Pude observarte desde la cama, todavía los pechos desnudos señalándote todo el tiempo a dónde ir, qué hacer después. Te oí lavarte los dientes, abrir la ducha. Deduje el ritual de cada mañana; ceremonia de diez minutos en la que te deshacés de todo lo que pudo quedarte de mí y enviás mi conciencia por el desagüe con un golpe de jabón, así me hundo en el sueño nuevamente.

Abro apenas los ojos y veo pasear tu cuerpo mojado por la habitación, como acostumbrada al deseo ajeno, aunque todavía me suponés dormido y no sospechás que puedo estar pendiente de cada brillo que te cobriza la piel, cuando aún a medio vestir abrís

un poco la persiana y el sol se te tira encima y te desayuna con violencia. Así, en el orden cosmológico del día (que es inverso al de la noche), comienza a violarte desde el final hasta dejarte vestida.

Agarraste la cartera, lo sé por el ruido de las llaves. Ignoro en qué momento te peinaste pero sin embargo conozco tus pequeñas idiosincrasias y no me sorprende que no comas nada. Recién a lo último te ponés lo zapatos, alimentás a los peces y salís a la ciudad que te secuestra.

Por lo general yo me levanto media hora después. Todavía en calzoncillos preparo mate cocido porque el café es el símbolo del trabajador y yo quiero seguir durmiendo; además porque es tuyo y no estoy seguro de que me convides. Te robo azúcar. Me cuesta asomarme al pasillo a buscar el diario, pero lo hago. Es inevitable pasar junto a la pecera, sentir que me vigilan. Nunca les caí bien y ya no hago nada por cambiarlo. El chiquito suele darme la espalda, aletea rápido y se esconde en la cueva de plástico con un revuelo de arenilla. Como es negro apenas puedo ver los ojos brillantes recelándome desde el fondo. El otro me hace frente, pavonea la cola enorme y puntiaguda como un vestido resplandeciente, como una égida intocable. Si supiera por qué me avergüenzo tanto al mirarlo no sentiría estas ganas de estrellar la pecera contra el suelo. Pero como no tengo idea prefiero sentarme en la mesa con el diario y empezar por la página de chistes que leo sin sonreír. Después busco algún trabajo, algo que se ajuste. Por ahí hasta lo encuentro, pero olvido tener a mano el marcador y me prometo siempre ir a buscarlo cuando encuentre uno mejor. Pasan las horas y espero a que vuelvas, me visto un rato antes, te perjuro por Dios que lo intenté y te doy un beso con olor a encierro. Cocinás en silenció, comemos en silencio y nunca me animo a preguntarte a dónde vas todos los días, de dónde traés esa plata de la que me das un poco y que yo agarro con una mano mientras que con la otra me pego

garrotazos en el orgullo. Lo último que veo antes de dormir otra vez es el reloj de la habitación. Son de nuevo las doce y ni parece darse cuenta de que está dando vueltas en círculo.

Hoy decidí seguirte hasta averiguar dónde exactamente te perdés de vista. Oí la puerta cerrarse y de inmediato estuve en pie. Como pude me cambié en un instante y te saqué las monedas de la cajita celeste por si en medio de la persecución tenía que tomarme un colectivo. Con los cordones todavía desatados me encaminé a la puerta. Al pasar junto a la pecera me detuve y les hice frente. Oscar serpenteó y se escondió abriendo y cerrando la boca como un idiota. Virginia fulguraba contra el vidrio limpio y me desafiaba. Asomé la cabeza por encima de la pecera, provocándola. Algo se vio venir porque retrocedió un poco, después hizo algunos giros inquietos y revolvió alarmada el lecho de piedras con un ir y venir de tules. Sin pensarlo siquiera escupí dentro de la pecera y me fui antes de que la superficie del agua se calmara de nuevo.

Afuera la ciudad se agitaba y yo me estremecí con el primer contacto. El sol tocaba lascivo todos los rostros dormidos. Me paré en la puerta del edificio y te busqué con la mirada. Los autos me ignoraban, los peatones me esquivaban y se esquivaban entre sí con movimientos ondulantes. Un retazo de tu cuerpo me llamó la atención y te vi desaparecer tras la esquina más alejada. Comencé a seguirte.

A poco de caminar comprendí que había algo que me era ajeno en todo aquello. Veía a las personas hablar o discutir con movimientos de labios que no producían ningún sonido diferenciable del murmullo colectivo. Apreté el paso y me metí las manos en los bolsillos, por miedo a tocar algo. A la vuelta de la esquina te vi otra vez, parecías algo desconcertada junto al semáforo. Cruzaste en rojo, arriesgándote apenas con un auto plegada a la corriente de

gente que transcurría por la otra vereda. Yo, por falta de práctica, preferí esperar a que se pusiera en verde. Creí que te perdía por un momento y aposté toda mi suerte a que subías por la diagonal. Me apuré todavía más, tratando de respirar ese aire espeso que se me amontonaba en la garganta. Comenzaba a hacer calor.

Casi sin aliento te alcancé en la cuadra siguiente. Te subías a un taxi mientras yo palpaba como un idiota las monedas inútiles que había agarrado. Comencé a desesperarme. El taxi arrancó y yo sólo pude correr. Perdí noción del espacio mientras todo lo que no fuese el taxi se diluía a mi lado como una acuarela. Corría siguiendo la estela que dejaba el escape del auto, cada vez menos nítida. Doblaste un par de veces y luego me perdí. Tuve que aflojar el paso un poco, intentando respirar. Me paré en frente a un bar y traté de llenar mis pulmones. Inhalé profundo, dos, tres veces, pero apenas lograba oxigenarme un poco. Miré a mi alrededor aterrado, buscando ayuda en los ojos fríos y redondos de la gente, cada vez más separados de la nariz. Nadie se detenía. En el último esfuerzo algo se desgarró en mi cuello y el aire entró de nuevo a mi cuerpo. Traté de escapar pero una pared fría e invisible me besó la frente. La mente se me aclaró y noté con espanto que todos los edificios eran de plástico. De una chimenea cercana surgían burbujas de aire que explotaban mucho más arriba, donde el sol se refractaba en cien mil puñales contra las ondas del agua y me obligaba a replegarme en la oscuridad de una alcantarilla.

Juan Cruz Balian. *Argentina*

BUENOS AIRES. ARGENTINA. Es un joven escritor argentino. Se encuentra estudiando la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires.

Cuento
Mención

Héstor Ortega Giménez
España

La vida menguante

Lo primero que escribió fue una novela; por aquel entonces vivía en una casa en el campo. Cuando empezó a escribir relatos se trasladó a un apartamento en el centro de la ciudad. Y ahora vive en una caja de zapatos.

Al principio no le dio importancia al hecho de que le costara algo más de lo habitual alcanzar el azucarero en el estante de la cocina. Pero poco a poco el mundo que le rodeaba iba quedándole cada vez más grande. Una mañana notó que los pantalones le venían anchos, días después apenas conseguía ya subir a la cama y pasadas unas semanas no podía siquiera salir de casa (el picaporte le quedaba demasiado alto). Empequeñecía a medida que sus historias se hacían más cortas. Acabó escribiendo relatos mínimos disponiendo granos de pimienta sobre las baldosas. Algunos eran de provecho pero nadie los leyó jamás.

Vida de un gato

Quizá por eso no las ha condenado a la oscuridad fría de un cajón y ahora las tiene abiertas sobre la mesa, junto al ordenador. Porque de alguna forma confía en que las páginas sin márgenes de aquellas libretas en las que, tiempo atrás, se agolpaban (de forma torpe y desordenada, como pidiendo paso) las buenas ideas, le ayuden a encontrar de nuevo el camino de la inspiración.

De vez en cuando pasea su vista por ellas; pero no presta atención a lo escrito, si mira allí es con la vaga esperanza de encontrar el hilo invisible que le guíe de nuevo a ese reino en el que nacen las historias, el lugar mágico en el que –sobre la tierra fértil de la imaginación– brota el germen de una idea que se convertirá en palabra y más tarde en letra.

Pero el hilo no aparece y empieza a impacientarse. Abre la ventana aunque tampoco por allí se cuela nada que le sugiriera una historia, sólo la luz blanquecina de la mañana. Se sirve una segunda taza de café y vuelve a sentarse frente al ordenador; el cursor parpadea sobre la pantalla en blanco con un silencio desafiante. A su espalda, ovillado sobre una silla de mimbre, duerme un gato negro.

Está allí, respirando de forma acompasada y serena, ese es ahora su lugar; pero en otro tiempo ahuyentó ratones en un granero de Egipto; paseó por un luminoso patio de Atenas junto a Sócrates y Platón, su pelaje suave y oscuro rozando las túnicas; robó comida a los leones entre los pasillos del hipogeo del Anfiteatro Flavio de Roma; olisqueó en un salón de Constantinopla los planos de Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto donde había tomado forma el prodigioso perfil de la Iglesia de Santa Sofía; estuvo a los pies de Dante cuando, con apenas nueve años, vio por vez primera a Beatrice Portinari flotando con un vestido rojo sobre las calles de

Florencia; presenció el encuentro de Moctezuma Xocoyotzin con Hernán Cortés en la costa este de México; fue acariciado por el Profeta Mahoma en la víspera de su boda con Jadiya y apaleado hasta la muerte por un niño de once años en un callejón de París mientras se inauguraba el Pabellón Argentino de la Exposición Universal de 1889; se alimentó de los cuerpos sin vida de soldados de la Confederación en Gettysburg, con el mayor George G. Meade al frente la Unión celebraba el final de la guerra; sirvió de modelo a Steinlen para el cartel de La tournée du Chat Noir avec Rodolphe Salis; jugueteó con un muñeco de trapo al tiempo que una familia de Londres veía a través del televisor la llegada del hombre a la luna y estuvo tumbado en la acera de una calle del Bronx mientras las torres caían en Manhattan. Porque un gato no puede conocer el arrepentimiento, no puede hablar ni escribir, no puede recordar, no puede amar, no puede temer a la muerte y por eso es inmortal y eterno; porque todos los gatos son el mismo gato. Este gato.

Ahora baja de la silla de mimbre con un salto perezoso, bosteza y estira los huesos. Sube primero a la mesa y después se desliza con sutileza hasta posarse delicadamente sobre las rodillas de su amo. Pero éste, con un gesto brusco de la mano, lo hace bajar y el gato (todos los gatos) cae al suelo, da media vuelta profiriendo un maullido cargado de desaire y abandona la habitación; todas las historias se marchan con él.

El hombre da un sorbo al café y devuelve la vista a la pantalla en blanco. Seguirá así, vacío de ideas, durante horas.

Héctor Ortega Giménez. *España*

BARCELONA, ESPAÑA. 30 años. Estudió Psicología. Ha trabajado en varias librerías y videoclubs. Actualmente se desempeña como crítico musical y está estudiando en la escuela de escritores de Barcelona.

Cuento
Mención

Diego Martínez Lora
Portugal

Fin del mundo

Melchor se encerró en su cuarto un domingo y dijo que nunca más iría a salir de allí. Que tenía todo lo que necesitaba. Había instalado un retrete y un lavatorio que utilizaría para lavarse de vez en cuando. Por la Internet continuaría a pedir sus alimentos y cualquier otra cosa que le hiciera falta. Por su pequeña ventana desde el tercer piso del viejo edificio podía recibir sus pedidos. Para eso había amarrado una cuerda a una canasta. Con el dinero que tenía en el banco podría vivir muy bien por el resto de su vida, pues sus gastos no eran muchos. Y así vivió medio año seguido. Navegaba por la Internet, veía un poco de televisión, escuchaba música y leía todos los libros que había juntado durante su vida. Conversaba con diversa gente a través de los múltiples personajes virtuales que él había creado y los asumía a la perfección, pero cuando llegaba el momento en que los otros lo querían conocer personalmente, él inventaba miles de pretextos para evitar que lo siguieran molestando con un encuentro. Sin embargo una noche mientras se agarraba su larga barba sintió que verdaderamente le hacía falta una mujer de carne y hueso. Por más que se esforzaba en distraerse y no pensar en el tema femenino sus instintos eran más fuertes. Llamó por teléfono a Catarina, una vieja amiga y le

pidió que lo visitara. Ella ante el asombro de toda la gente que sabía del estricto reclutamiento de Melchor lo fue a ver y se sorprendió al ver la nueva imagen de su viejo amigo. De ningún modo se le veía descuidado, salvo la barba. El cuarto estaba ordenado y limpio. Él encomendó dos pizzas y una buena botella de vino. Escucharon Vivaldi, vieron una película y se fueron enamorando, él por su evidente necesidad sexual y ella porque le parecía un personaje surrealista y siempre le habían gustado todo tipo de aventuras. Catarina comenzó a visitarlo un día sí, un día no. Melchor sentía que no estaba rompiendo la decisión de no salir nunca más del cuarto al permitir tal visita amorosa. Hasta que una tarde ella le dijo que no quería separarse más de su lado y que también quería quedarse a vivir en el cuarto sin salir nunca más en su vida. Melchor no se opuso en nada. Dos días después, ella llegó con algo de ropa extra en una pequeña maleta, su computadora portátil y se quedó a vivir con él. La familia de Melchor que había pensado que esa mujer lo llevaría a cambiar de ideas y devolverlo a la vida social se equivocó, parecía que el universo en ese cuarto era más atractivo que todo lo que el resto del mundo le ofrecía. Pero esa mujer debe de estar realmente loca, pudiendo encontrar un mejor partido se ha ido a meter con ese locumbeta.

Melchor hacía ejercicios todas las mañanas con la ventana abierta, mientras Catarina se ocupaba en el retrete. Ya se habían acostumbrado a vivir juntos y por las noches conversaban sobre toda su experiencia virtual del día. No se podían quejar de nada. Tenían todo lo que necesitaban. A veces Melchor le decía que se iba a Londres y que regresaría en algunas horas. Se ponía a navegar en varias páginas de la capital británica y Catarina no lo interrumpía. Así cada uno se daba sus propias vueltas virtuales. A veces decidían navegar juntos y la pasaban muy bien. Por las noches cenaban y se amaban tranquilamente mirando la televisión. El espacio reducido

de la habitación no les impidió mantenerse en buena forma física. Los años pasaron y Melchor acabó escribiendo un extenso libro sobre su, según él, envidiable vida. Catarina lo ayudó en algunos capítulos corrigiéndole el estilo.

Un día ocurrió un incendio en el primer piso del edificio. El fuego se fue extendiendo lentamente y toda la gente tuvo suficiente tiempo para evacuar el local del siniestro, pero de un momento a otro el fuego ocupó todos los pisos y a pesar de los gritos de los vecinos para que salieran Melchor y Catarina, ellos no lo hicieron. Murieron asfixiados y sus cuerpos quedaron carbonizados. Los bomberos llegaron muy tarde. Unos cibernautas pudieron ver como fue muriendo esta curiosa pareja, porque Melchor había dejado conectada una cámara web y en lo que duró la batería de la computadora portátil transmitió el horrible final. Nadie pudo hacer nada, los dejaron morir siendo testigos del fin de su mundo.

Diego Martínez Lora. *Portugal*

Lima, Perú 1958/Vila Nova de Gaia, Portugal. Publicaciones: Títulos interiores (2010), La línea oculta (2010), Allí (2007) entre otros libros.

Cuento
Mención

Edison Fierro Abalo
Colombia

La duda

Ahora bien, Gonzalo me dijo que la cosa era sencilla. Me repitió una y otra vez las

instrucciones. Me elaboró un mapa de la zona. Además, me carreteo de aquí para allá

en su camioneta doble cabina; y me dio una plata para llevar a la casa. Sería injusto

fallarle. Pero es que las cosas no salieron como se esperaba. Por más instrucciones que hubo, parece que se nos salió el tiro por la culata. Primero, no pudimos traernos a los tres, porque el escolta, el negro ese, se batió en duelo. Un durísimo para el casquillo. Durísimo, no es palabra. A mí me alcanzó a herir el hombro. Por fortuna, fue un raspón que con isodine le hicimos la cura. Brava estuvo fue la retirada. Allí solo quedamos Beto y yo, que como pudimos nos arrastramos el niñito. A los demás los mató el negro. Sería injusto fallarle a Gonzalo, muy injusto. Pero es que ver el niñito todo aporreado, todo hecho lágrimas; y con esa mirada tan triste, tan pérdida. Me recuerda a Filipito cuando se nos murió la perra Laika. Yo le dije a Gonzalo, que yo no era para esto. Pero el insistió, que yo sin trabajo, que la familia; y que además, lo mío era solo seguir instrucciones. Yo no tenía necesidad de disparar, según él. Ninguna necesidad. Pero es que con semejante negro, por pura superviven-

cia me tocó reventarme a plomo. Lo que es la necesidad.

El niñito no quiso recibirme el agua. Tampoco comió nada del plato de comida que le trajo Beto. La instrucción dice que no debemos hablar con los secuestrados. Que necedad la mía de preguntarle cosas. El niñito si apenas me mira, está como en shock. Beto en un rincón se sopla un cigarro de marihuana mientras yo le hago preguntas al niño. A Beto no le importan las instrucciones. Y además, apenas hace diez días que nos conocemos. El vino sólo para el asunto. Yo no quise amarrar al niño, aunque fue lo primero que nos dijo Gonzalo cuando nos comunicamos por el celular. Yo no creo que se necesite, es tan frágil. Lleva una camiseta a rayas, con el estampado de una caricatura japonesa. Eso creo. Tiene bluejean y tenis. Así anda también Filipito. Así es Filipito cuando Ester lo regaña por no apagar la tele, por no irse a dormir temprano. Entonces, yo lo consuelo. Le sobo la cabeza y le hago muecas chistosas. Si se ríe, me doy por bien servido. Yo nunca le he pegado a Filipito. Nunca. Es que con tanto rejo que nos dio papá, y mire como le salimos los hijos. A los niños no hay que pegarles. En eso pienso, mientras el Beto se va de ronda. Uno no sabe en que anda la policía. Uno no sabe. Le ofrezco otra vez el plato, pero nada; apenas si me mira. Quisiera saber cómo se llama. Hasta ahora le decimos niño para referirnos a él. Le extiendo la mano. Le digo mi nombre. El me mira. Tiene los ojos como idos. Tiene miedo, pobrecito. Pero si yo no le voy a hacer daño. Si yo lo voy a cuidar hasta que paguen el rescate. Es que sería injusto no cumplirle a Gonzalo.

Llevamos dos días con el niñito, ahí puesto en un rinconcito; junto a la cama que armamos con los tres colchones que teníamos preparados. Hoy sí tomó agua, y mordisqueó la papa. Se comió cuatro cucharadas de arroz. Creo que ha empezado a comprender que yo lo cuido. Eso hago. Yo, ahora, soy responsable de él.

Por radioteléfono Gonzalo nos dice que la cosa se jodió. Que nos toca huir. ¿Y el niño?, le pregunto dando el código que le tenemos asignado. La respuesta de Gonzalo me deja frio. El Beto coge al niño del cabello y lo lleva hasta la puerta. La orden de Gonzalo es que lo matemos. Así no más. Yo le dije a Gonzalo que yo no servía para esto. Yo se lo dije, pero él insistió. Le digo a Beto que lo deje, que es un niño. El me mira con cierto desprecio mientras le da un puntapié al niñito. Yo lo hago, le digo al Beto. En el suelo, el niño me recuerda a Filipito cuando se pega al piso y llora sin parar. Ester dice que son cosas de mi familia. Entonces recuerdo a mi hermano Luis junto a la ventana de la sala; todo el día haciendo ruidos con su boca, babeando. Mamá siempre lo tenía en calzoncillos. Saco el 38 y le apunto. Es que sería injusto fallarle a Gonzalo, el es mi hermano mayor.

Carretera

De reojo, el hombre se ve bien. Es alto, más bien fornido. Eso sí, está bien vestido. El hombre tiene su pinta. Lo llevo seguido como tres días, y contando hoy; van sumando cuatro días. En estos días he aprendido a conocerlo. Le conozco la rutina. Hasta la rutina con que rompe su rutina. Le conozco todo. Hasta las mujeres con que se escapa en las noches, para un motel en las afueras de la ciudad. Se gasta completicas las tres horas del servicio. Siempre entra sonriente al carro. Nunca me he fijado mucho en ellas. Mi vista, mis sentidos, están puestos en el. Ese es mi trabajo. Cuando arranca, suele siempre llevarse la mano derecha a la boca, y se muerde nerviosamente el pulgar. Le distingo ese gesto

aunque no le este mirando. Sube siempre las ventanillas al oprimir el automático. Es un lujito de carro, que yo escolto a una distancia prudente. En la carretera, mientras lo sigo; pienso en Margoth y en los niños. Ella no se acuesta hasta que yo no llego. La encuentro vestida con el uniforme del casino en donde trabaja, pero hoy es su día libre. Su espera es pura maña de mujer. Le encanta fisgonearme el pecho cuando me desnuda, y pregunta siempre por las cicatrices de los disparos que he recibido. Unos fueron en combates con el ejército. Llegué hasta cabito. Me faltó obediencia para seguir más. La otra, que es una cicatriz de cuchillo, me la hizo una novia de bar. Una puta, le digo, cuando empiezo a sentirla celosa. Recuerdo que le esquive el primer lance, pero el segundo justo me lo metió entre las costillas. El desorden de las luces sicodélicas me hizo dudar un segundo; pero reaccione, como había aprendido en los cursos de ascenso, y le descargué el cartucho. Toda desmadejada cayó sobre mí. Como pude me paré, y la icé sobre un mesa. Nadie dijo nada mientras salía del lugar. Al rato, el sargento Domínguez allano el sitio, y desaparecieron la muerta. Así son las cosas. En eso pensaba, cuando el carro dio un viraje y se salió de la vía. A lo mejor el hombre no es un sonso como creí. Ya me detectó. Es mejor esquivar el encuentro. Tengo sus datos. Se como hallarlo de nuevo. Apago el carrito mío. No se oye nada. Después de dudarlo, me apeo del vehículo y camino despacio, muy despacio. Me pego al matorral, y más allá alcanzo a divisar un cañaduzal. Pasa uno que otro auto. A lo lejos, escucho el ladrido de perros. Antes de entrar en la curva, me tiro al suelo y empiezo a zigzaguear por el terreno. Me puyan las piedritas de balastro. Justo frente a mí se halla su automóvil. Veo la llantas, y alcanzo a divisar los pies del hombre, entre el claroscuro que produce el stop intermitente del auto. Le dije a Margoth que mañana tendríamos los pasajes para viajar a la costa. Ella sabe como

es el patrón, cuando uno hace bien su trabajo. Según ella, soy el administrador de la hacienda. Es mejor que ella crea eso. La luz rojiza me encandila, pero parpadeo y enfoco difusamente a la mujer, forcejeando con el tipo. Sería un buen momento para dispararle, pero mi trabajo exige que no haya testigos. El día es mañana. No hay quinto malo. Veo que ella se arrodilla, casi rozando los muslos de él. El rostro de ella se esconde tras un chorro de rojo que se devuelve hacia mí. Escucho la detonación del disparo, que se pierde en el rumor del cañaduzal. Los ladridos se hacen más intensos. Cuando me incorporo, el hombre ha subido al auto y arranca. No atino nada. Corro hasta donde está el cuerpo ensangrentado; tirado casi en la banqueta. No atino nada. Con la linterna del celular le enfoco el rostro. ¡Es mi Margoth, hijueputa! ¡Es mi Margoth ¡ grito. No hay eco. Uno que otro auto pasa por la carretera. Ya no se oyen los perros.

Edison Fierro Abalo. *España*

Es docente. Fue Finalista del primer concurso de cuento infantil y juvenil, convocado por la biblioteca Luis Ángel Arango, y la editorial Barco de Vapor- 2008. Fui ganador del concurso de cuento, Buga era una fiesta- 2009

Cuento
Mención

Melissa Berdersky Cros
Argentina

La ventana

Llega a su casa de noche, percibe la puerta y busca a tientas la cerradura. No esperaba que se hiciera tan tarde.

Hace en automático los movimientos que implica llegar. Enciende una luz (no todas juntas, porque primero quiere sacarse la cartera cruzada en bandolera, la campera, las botas), después prende las otras luces y cierra con llave la puerta.

No mira específicamente nada, intuye los objetos cotidianos y que el orden en que fueron dejados se conserva. Va al baño, hace pis pensando que si hay alguien afuera de la casa la puede ver, pero como la mayoría de las veces, no cierra la puerta. Se concentra en el cansancio de su cuerpo. Se pregunta si habrá hecho las cosas bien o mal y si no hubiera sido mejor dejar todo como estaba y no hablar. Se mira en el espejo del baño, se acomoda el pelo, sigue estando bonita, más desprolija, pero todavía podría ir a una fiesta así vestida. Después de todo es sábado a la noche.

Afuera el jardín y las otras casas están en silencio, aunque tienen las luces encendidas; la gente hace la cena, busca una película para ver en la televisión. Cosas domésticas. Decide que no va a ir a la fiesta a la que la invitaron, y que en cambio, también ella se va a dedicar un poco a las tareas domésticas. Hay platos sucios desde hace días, por ejemplo.

Se detiene o demora un segundo frente a la ventana del living. Las cortinas están cerradas, así que acomoda las hojas de una planta y mentalmente sigue dándose ánimos para encarar la cocina.

De golpe la tela de la cortina se mueve como si alguien la hubiera soplado desde el otro lado, desde la ventana. Percibe el movimiento pero no alcanza a levantar la vista. El vidrio astillado tiembla, se rompe y cae. En la frente, sobre el comienzo de la ceja izquierda, la marca es casi circular, pequeña. Medio segundo más tarda ella en dejar de respirar, en que el cerebro deje de moverse. En ese tiempo no alcanza a escuchar, un disparo lejano, los vidrios rotos, el hueso.

La exhalación final se produce como un evento mecánico. A la distancia ladra un perro inquieto y en la cocina vuelve a encenderse, invariable, el motor de la heladera.

El ascensor

El edificio al que entra es antiguo. Está bien cuidado -piensa-, tiene un encanto entre modesto y sofisticado. Funcionan varias oficinas. Ella va al quinto piso, trae invitaciones para entregar a personalidades más o menos importantes que trabajan ahí. Realmente no le interesa mucho quiénes son esos señores. Más bien le importa que las cartas lleguen a sus destinatarios, porque

parte de su trabajo es llevar las cartas, pero sobretodo que lleguen. Más temprano había preparado el texto de la invitación, lo había cotejado con su jefa, había impreso las etiquetas, chequeado las direcciones, y armado una hoja de ruta que le facilitara el trabajo de repartirlas invitaciones. Tiene como obsesión personal la de lucir fantástica durante el reparto, en especial cuando entrega las cartas y hay contacto visual con los secretarios o recepcionistas. A veces le toca entregar los sobres en mano a los interesados. Le parecía una pequeña proeza lograr lucir esplendida pese a haber corrido y transpirando en la calle, entre autos, motos, colectivos y gente; acarreando peso y subiendo y bajando escaleras.

El guardia de la entrada la deja pasar cuando ella le dice a qué viene. El hombre, de unos 50 años, no luce bien con el traje de seguridad privada, aunque, piensa ella, debe verse mucho peor en ropa de calle. Él le mira las tetas sin disimular demasiado y al mismo tiempo hace una broma sobre que tal vez no encuentre a nadie porque es la hora del almuerzo, aunque ellos dos están ahí todavía sin almorzar. Ella es cortés por costumbre, responde al comentario con una gran sonrisa, como si el guardia fuera original, gracioso e inocente.

El ascensor se demora en bajar. Ella lo escucha detenerse en uno y otro piso. Casi no hay gente a esa hora en el edificio, pero el elevador también es antiguo. Lento.

Un hombre se para cerca suyo, justo cuando el ascensor toca la planta baja, le dice un "buenos días" distraído y más bien como para nadie. Ella responde maquinalmente, girando un poco la cabeza pero sin interés real en verlo. El hombre se apura, abre la puerta y la deja pasar. "Gracias" susurra ella. Él responde con un gesto de cabeza, y en seguida le pregunta a qué piso va. "Quinto piso, gracias", se escucha decir.

Saca del bolso las cartas que trae para entregar en ese edificio y

empieza a leer los nombres, ahora con cierto interés.

A la altura del tercer piso, él carraspea. Ella levanta la vista una vez, sonríe por cortesía y vuelve a fijar su atención en las cartas. Mientras ella baja la vista percibe un movimiento del hombre, así que vuelve a mirarlo. Le cuesta focalizar los ojos cuando cambia muy rápido de objetivo y de distancia, por eso no puede verlo claramente. Percibe sí, que el hombre se le acerca. Ella relaja la mano con las cartas y lo interroga con un gesto de la cara. Antes de lograr formar ese gesto, siente una fuerte presión, rápida, fría en la garganta; escucha un leve zumbido, algo que se desliza en el cuello. Un líquido húmedo y caliente la moja y casi en seguida siente que se ahoga, que no puede respirar. Aunque dirige sus ojos hacia

los del hombre en este instante, es poco probable que este viéndolo. De la misma manera que, si bien se está apretado la garganta con la mano libre de los sobres, es improbable que entienda lo que está pasado. Cae de rodillas pero no se da cuenta. Siente que se ahoga, se agita unos momentos, boquea llegando, tal vez, al cuarto piso, y se desparrama sobre las cartas, en el elevador, que todavía sube.

El hombre la mira un segundo, sin pena, sin verla realmente. Acomoda la punta del cuchillo sobre su pecho, del lado izquierdo, se apoya contra la pared del fondo, toma con las dos manos el mango y en un solo movimiento lo distancia de sí mismo y se lo clava con todo el impulso del que es capaz, en el pecho. El dolor le hace temblar el cuerpo, las piernas le fallan; cuando cae, golpea con la rodilla derecha la cabeza de la mujer, la izquierda da sobre el piso. Ve todo rojo, percibe que estalla. Siente miedo y nada más. El hombre se derrumba con la cara para abajo, el golpe hace temblar un poco el ascensor. Los dos cuerpos forman una ele desprolija, la mujer está casi horizontal a la pared del fondo y el hombre roza con el pelo la antigua puerta tijera.

El elevador queda detenido en el quinto piso unos 10 minutos, hasta que vuelven a llamarlo desde planta baja. Terminó la hora del almuerzo. El edificio ahora parece ruidoso y habitado, aunque el ascensor baja lento, parsimonioso, como siempre.

Melissa Berdersky Cros. *Argentina*

Nació en Bariloche, provincia de Río Negro, Argentina, en 1975. Es periodista.

Fue parte del grupo de intervenciones poéticas Cuelga de poemas (Capital Federal, Arg.), de la Editorial independiente Ediciones del Diego (Capital Federal, Arg.) y del grupo editor del Suplemento literario Así íbamos a las fiestas (Bariloche, Arg.)

Es autora de los siguientes libros: Nido de ballena (poesía. Ediciones del Diego, 2001), Palmeras (poesía. Inédito), Té ((y comentarios para Té)) (poesía, Ilustraciones de Gabriela Herrera. Inédito), Pastillas (poesía. Inédito), Roedores (poesía. Inédito). Poemas suyos integrarán el libro "Poesía/Río Negro. Antología consultada y comentada". Algunos de sus relatos han sido publicados en Argentina, y el cuento "El tatuador" formará parte de una antología de escritores argentinos, uruguayos y paraguayos, a editarse en 2010 por la editorial Lettretage (Berlín, Alemania).

Se ha especializado en periodismo gráfico, y ha colaborado y colabora con revistas, agencias y diarios de la Patagonia argentina y, en algunas ocasiones, de Alemania. Entre las temáticas que más le interesan figuran las problemáticas ambientales, político-sociales y las noticias de orden cultural.

Cuento
Mención

Diego Fernando Perea
Colombia

Pardo te sueño

John Aborto sabe de sonidos

Entonces se sube al tejado, le maúlla a la luna, la lame, vuelve a saber de sonidos, se enoja, baja, busca una cajetilla de cigarrillos, se enoja, sabe de sonidos: cláxones enloquecidos, pianos en tobogán por las escaleras, la piscina explota, la moto frena, el mundo es aplastado, los truenos suenan anticipando sus pasos, o persiguiéndole.

Entonces se sube al tejado, le grita a la luna, le escupe, vuelve a saber de sonidos, se enoja, baja, busca una cajetilla de mierda están acabados, se enoja dos veces, tres veces, golpea la pared, vuelve a saber de sonidos: ding-dong visita la casa del vecino, error en la contraseña, crujir de los huesos, los dientes mascando muy fuerte.

Entonces se sube al tejado, le llora a la luna, la abraza, vuelve a saber de sonidos, se enoja, baja, busca una cajetilla de mierda la cajetilla sigue vacía, se enoja, sabe de sonidos (una caja revotando,

un reloj acelerado, una llanta se pincha), se enoja, sube al tejado, le dice chao a cualquier cosa, baja, busca abrigo, sabe de sonidos (de llaves, de bancos, de gente que no se calla nunca), sale, cierra la puerta, sabe de sonidos (de cerdos corriendo, de hombres peleando con espadas sobre una estrella, de discotecas insomnes), da un paso, sabe de sonidos (el abandono, la radio sintonizando AM de recuerdos, anatomía de bicicleta) y se adentra en su caminar hacia donde todas las sombras se aglomeran en una sola gran sombra y se pierde en ella. Ya no vuelve a saber de sonidos.

Sí: De noche todos los gatos son pardos.

"Coltrane no deja dormir,
solo doy vueltas sobre el piso,
pero ahora nada deja dormir,
el reflujo,
la cerveza fría,
ella en mis huesos;
y el olor a muerte,
ese que me untaré pronto."
Juan Beat

...Los tipos infelices como yo sabemos sobre sonidos

Paloma Huracán trae la botella de vodka que quiere compartirle a la tristeza y se sienta con su amigo, Nicolás, el de la noche y este

acto, el triste. Nicolás Palabras había llegado a parar ahí, entre sus tetas (unas horas antes), porque alguna vez leyó que las tristezas son menos tristezas en el seno amigo. Prefiere más si es 34C o afines. Entonces Nicolás, de la noche, el acto y el antro, es el triste. Ella, la puta del desorden, le arrima un vaso, de esos trasparentes y no tan grandes como para morirse. Le acerca el pico de la botella al vaso y Nicolás sigue siendo, de la noche, el acto, el antro y el kilómetro circundante, el triste. La detiene con su mano menos triste, le arrebata la botella con todo el amor triste del universo, se la toma, y habla, con voz ronca de licor y de tristeza:

Tomo tu Vodka. Del pico de la botella tomo de tu vodka. Voy tomándomelo como si saliera de tus manos, como si por primera vez sangraras y me basta cerrar los ojos para deshacerme del mundo y recomenzar. Hago nacer el mundo en cuanto lo deseo. El mundo que mi desbarate elige y dibuja, un mundo bajo el sopor de la lágrima fina del vodka, un mundo sobre el que ya está destruido con soberana libertad por mí, y que por azares que sigo aún sin comprender, yace aún de pie y no deja ver el que mi mente ha dibujado.

Paloma Huracán se quedó en STOP, y de ella emanaba un ruido exacto al siguiente de rascar un tablero, un violín muriéndose desesperado, la vajillita china de más de doscientos años rota.

Tu silencio me detona la clavícula lentamente–Dijo él, intranquilo. Cabildea, cabecea, se muere.

No es la primera vez que escucho eso–reclama ella, en tono de romper todo el silencio acumulado.

–Yo sé. Lo que acabo de decir no debió haberse dicho nunca. Menos mal nadie más que vos escuchó esa aberración. Tengo 70% ganas de suicidarme ahora. Sube el rating.

No te pongás tan triste, que me dás lástima–Dijo ella, y de sus labios colgaban muros.

La lástima de una puta. Qué lástima–Respondió.

Me lastima tu lástima–Dijo él, continuando después de un pequeñísimo apocalipsis now.

Y se sumergieron en la lágrima fina del vodka, tomado desde la boca de la botella, que sabía mejor gracias a la saliva del otro.

Definiciones

Desolación: Estado de ánimo perfecto para buscar colores en la calle.

Calle: Lugar de muros, cárcel de puertas abiertas, cerradas. Contiene caminos, avenidas, carros, muertos, drogados, puentes de barandas amarillas, nubes, casas, cartas de amor partidas en pedazos. Huellas que llevan, en medio de luces de esperanza, a algún lugar para morirse.

Luz de esperanza: Se refiere al halo de luz emitida por los postes de energía. Escena de calles tristes azules que esperan explotar.

Averno central: Un lugar, de esos lugares, para morirse (de la risa, del sueño, del dolor, de la dicha, en el baño). Bar, restaurante, café. Los casuales del bar casi siempre tienen una botella de cerveza en la mano.

Cerveza: Botella llena de líquido que huele a lágrimas verdes. Al verter el líquido en cualquier lugar, por las razones que sean, se libera la botella, que sirve finalmente para guardar cristales de desolación. Anotación: La botella de cerveza al ser rota sirve sola-

mente para suicidarse. Cualquier uso diferente puede resultar en accidente peligroso.

Accidente: 1. Mujer de tacones rojos que sonríe al ver a alguien que mira el fondo de una botella. | 2. Mujer de tacones rojos que se le acerca a alguien que mira el fondo de una botella. | 3. Mujer de tacones rojos que saca la lengua y con la puntica de ella toca la nariz de alguien que miraba el fondo de una botella.

En la punta de la lengua: Lugar donde pongo mi nariz en prostituta extraña. Como nada me sorprende, no salto. La prostituta tiene cabellos azules eléctricos.

Imán: Dícese de artefacto, redondo la mayoría de veces, que hace irremediablemente interesante encuentro entre personas. Ejemplo de imán:

–¿…Sí?

–¿Qué?

–¿Por qué tenés tu lengua en mi nariz?

–¿Por qué dejás tu nariz en mi lengua?

–Respóndame.

–Quería saber si usted tenía un buen sabor.

–¿Lo tengo?

–¿Lo tiene?

–¿Va a responderme en algún momento algo de lo que pregunto?

–Sí. Pero es difícil hablar con mi lengua en su nariz.

–Ya no la tiene ahí.

–… Aho'a sí.

Chispa: Causa incendios; Es la forma precisa de liberarse de tanta madera de soledad. Se necesitan dos manos, un cigarrillo, una boca, tacones rojos, lamer narices frías, un volver a temblar, una música de palmas en la espalda, un par de cafés, una ventana rota o, por lo menos, un querible.

Volver a temblar: Sentir como la campana del diafragma vuelve a ser azotada por más mariposas que un jardín primaveral eterno. Es resentir. Ejemplo de volver a temblar: Sos puta, soy cabrón, paguémonos con actos, con razones, con besos, con dinero. ¿Cuánto la noche?

Tacones rojos: Es la manera de informar que la mujer que los lleva puestos practica canibalismo con el hombre que va a pagar su prostitucionismo. La idea suele excitar a los que no la creen, o a los que quieren desaparecer.

Segundo piso: A donde se va a tener sexo (aplicaciones: Árboles, Moteles, Averno Central).

Sexo: Sonido misterioso que toma la forma en que todo termina. Se da a lugar, casi mágicamente, calderos gigantes de sopa, y cicatrices en ordenes alfabéticos

Primera cicatriz: 1. Rasguño que suele ser en la espalda. Tiene múltiples formas: Como un fénix melancólico, como un atardecer rojo de playa, como un árbol con costillas verdes. | 2. Lo que da a pie a diferentes definiciones.

Definiciones: "Tengo su sexo en mi mano, en mi cuerpo. Senos del tamaño de mis garras, nubes de tabaco que se desnudan con el mismo charme y encanto de su ropa que se cae y Last tango in parís. Sos tierna, te portás como una niña. Te relamés los labios, me olés, venís a mí como un gato, y luego me empiezas a lamer como como si fuera un caramelo. Yo empiezo a desaparecer, agitación, mordimiento de labios, remordimiento, colores vivos, dientes, yo tan quieto. Lame mi rostro y justo después entierra sus dientes en mi carne, la del cuello, siento como fluye la sangre. Arranca mi carne viva. Sigue viva porque se sigue moviendo dentro de su boca, que la tritura, saborea con gusto sicópata. Luego mi espalda. Dolía, pero era hermoso, excitante, satisfactorio. Matáme de una vez, matáme por favor, engúlleme de un único bocado sienestro, uno

mortal. Mientras me voy transformando en ya no más."

Ya no más: Fin.

Fin: Espacio en blanco donde, reunido los huesos, desaparezco sin dejar rastros por arte de la alquimia y la antropofagia. Léase también definición de Liza Despescueznarizorejamiento.

Liza Despescueznarizorejamiento: Mujer de tacones rojos.

Diego Fernando Perea. *Colombia*

Narrador ganador de mención en el Concurso Bonaventuriano de Poesía y Cuento 2010

Cuento
Mención

Andres Portillo González
España

Demasiado lejos

Llevas mucho tiempo conduciendo. Mandy vive demasiado lejos y ya es noche cerrada. Una noche demasiado oscura. Sin luna. Sin luciérnagas. Y llueve como en los viejos tiempos. Llueve como si todos los ángeles, sin excepción, se hubieran puesto a mear a la vez. El agua forma ríos sobre el parabrisas de tu coche. Ríos que mueren al poco de nacer. Que nacen y mueren delante de tus narices de manera obsesiva. Zas, zas… Zas, zas…

Estás muy cansado. Pero deseas ver a Mandy con urgencia. Todo sea por Mandy. Sí, llevas mucho tiempo conduciendo. ¿Cuánto? ¿Tres horas? ¿Cuatro? ¿Diez? Llueve. Llueve como en los días del Diluvio. Llueve y estás agotado. Tanto que apenas puedes mantener los ojos abiertos. Ese es el problema, ese es un gran problema. Por eso debes parar. Necesitas tomar un café y descansar un poco. Desentumecer las piernas.

A lo lejos distingues las luces de lo que puede ser un pueblo. Seguro que es un pueblo. O una aldea. Siete u ocho casas desperdigadas al borde de la carretera y un bar. Siempre hay un bar. Y unos cuantos parroquianos que al atravesar la puerta te miran con cara

de pocos amigos, murmuran y escupen sobre el suelo. No haces caso y pides un café bien cargado. Un café con doble ración de café y enciendes un cigarro, el vigesimoquinto. El camarero es un tipo gordo que suda como un cerdo y huele a rancio. Se seca las manos en un trapo manchado con restos de comida y, mientras prepara el expreso, se hurga en la nariz. Miras para otro lado, sueltas una bocanada de humo y piensas que es este momento, en este preciso instante, lo que más deseas en el mundo es tener a Mandy a tu lado. Las tetas de Mandy apretadas contra tu brazo izquierdo. La boca de Mandy pegada a tu oído, encendida, mientras te cuenta lo bien que lo pasó la última vez. ¡Oh, sí, eso sería perfecto! Pero Mandy no está y el camarero te trae el café resoplando como un búfalo. Lo miras con desconfianza. Pegas un trago y lo vomitas sobre su cara. Vomitas porque pediste un café bien cargado y el muy imbécil te ha traído agua sucia. Los parroquianos te señalan con el dedo. Gruñen. Gruñen y se acercan a ti con malas intenciones. Sin alterarte, sacas la pistola que guardas para las noches sin luna, para los bares de aldea. Sacas la pistola y le dices al camarero que retire esa porquería y te traiga un café en condiciones. Y aparece Mandy. Mandy abre la puerta del bar y se acerca a ti con ese vaivén que provoca tsunamis. Mandy siempre aparece cuando menos te lo esperas. Pega su boca a tu oído y te dice muy bajito que lleva toda la noche buscándote. Sonríes, sonríes porque sabes que después viene un beso. Un beso de Mandy: mermelada de frambuesa.

Y miras a través del ventanal. El agua forma ríos sobre los cristales. Ríos que nacen y mueren de manera obsesiva. Es noche cerrada. Una noche sin luciérnagas. Y llueve. Llueve como en los viejos tiempos. Llueve como en los días del diluvio. ¿Cuánto llevas conduciendo? ¿Tres horas? ¿Cuatro? ¿Diez? Estás muy cansado. Tremendamente cansado. Por eso cierras los ojos. Cierras los ojos y

besas a Mandy. Sus tetas apretadas contra tu brazo izquierdo. ¡Oh, Mandy!, la dulce Mandy. El camarero trae al fin un café con doble ración de café. Los parroquianos se repliegan a sus mesas, mansos. La pistola sobre la barra del bar. Pero ya es tarde. Demasiado tarde para descansar un poco, para desentumecer las piernas. Sí, Mandy vive demasiado lejos. Ese es el problema, ese es el gran problema.

Apático

Hace tanto calor en este mes de julio, que el joven apático del 2º Derecha apenas puede pegar ojo. Se derrite en la cama como la mantequilla expuesta al sol. Arden sus sábanas. Suda por los cuatro costados. Así que se levanta y abre la ventana del dormitorio en busca de una pequeña corriente de aire fresco.

Son las tres de la madrugada y en el bloque de enfrente sólo hay una luz encendida. Un hombre y una mujer discuten. No los ve, pero escucha sus insultos y sus gritos. También escucha golpes, objetos que caen al suelo, muebles que se arrastran. Por un momento al joven apático se le pasa por la cabeza llamar a la policía, pero enseguida desecha la idea porque piensa que le traerá problemas y, al fin y al cabo, la cosa no va con él.

La mujer del bloque de enfrente entra en la habitación iluminada, corriendo, llorando. El hombre la persigue desencajado, histérico. Se abalanza sobre ella como un animal rabioso..., y más golpes, y más gritos, y más muebles que se arrastran por el suelo. La mujer pide auxilio, se desgañita implorando socorro, hasta que llega el silencio, un silencio espeso y bochornoso, asfixiante. Y el joven apático del 2º Derecha cierra rápido la ventana, corre las cortinas y vuelve a la cama. Se tapa con la sábana y la colcha, primero

hasta el cuello, luego también la cabeza. Ya no le importa derretirse como la mantequilla expuesta al sol, sudar por los cuatro costados, prefiere eso a escuchar el sonido chirriante de las ambulancias.

Andrés Portillo González. *España*

MADRID. ESPAÑA. Cuentista aeronáutico, algunos de sus relatos sobrevuelan una decena de antologías. "Premio de narrativa Villa de El Escorial" 2007, "Una imagen en mil palabras" 2008, "La lectora impaciente" 2009, entre otros. Colabora en diversas revistas literarias: "Poe+", "Groenlandia", "Al otro lado del espejo"... En 2008 publicó el libro de relatos: "Nieve en la Habana". Participa en los talleres de narrativa del centro de poesía José Hierro y acaba de concluir su primera novela que llevara el título de: "Encanto y desencanto de un hombre sin gracia".

Cuento
Mención

Ariel Búmbalo David
Argentina

El que ríe primero pierde

Angustias del lobo disfrazado de cordero

Gracias Augusto

Desde que se hizo confeccionar el traje y lo vistió para luego ir a mezclarse entre el rebaño, el lobo padece conflictos que lo tienen a mal traer. Y además, famélico.

De todos, el peor es que no se decide a atacar a ninguna de las ovejas. Y es que cada vez que está por arremeter contra alguna y devorarla piensa en la desilusión que la oveja sentirá al descubrir que una compañera suya –con la que ha compartido tantas pasturas, amaneceres y atardeceres al aire libre– es, en realidad, un lobo. Está seguro de que una revelación semejante arruinará para siempre la amistad que ha conseguido con tanto trabajo.

Cierta vez le preguntó a su compañera de pastoreo si pensaba que la amistad entre un lobo y una oveja era posible. Y la respuesta negativa fue tan terminante que desde entonces se mantiene temeroso bajo el disfraz.

De este modo se ha ido adaptando a la vida de las ovejas y va

de un lado a otro entre ellas triscando el pasto y apurando el paso cada vez que al pastor se le ocurre. Y hasta ha conseguido convertir el gruñido en un balido apenas reconocible.

Su identificación con las ovejas es tal que a veces hasta teme la aparición de otro lobo. Pero el miedo que siente no es tanto por él –que podría ser confundido y devorado como cualquier otro miembro del rebaño– como por la posibilidad de que ese intruso feroz, sin tantas estrategias ni delicadezas, le arrebate en sus propias narices la presa por la cual él ha llegado a tan humillante estado.

El visitante correcto

Bernabé resulta ser el ejemplo del visitante correcto. Ha logrado que todos lo quieran, lo consideren amigo y hasta esperen con ansiedad su visita.

Bernabé no es como esos amigos que golpean a tu puerta a cualquier hora, te mezclan en sus problemas, se comen las provisiones de tu heladera, te usan la ropa, los perfumes, el cepillo de dientes, te pierden los libros, se acuestan con tu mujer y te roban plata mientras estás durmiendo. No señor. Bernabé es un modelo de amigo y de visitante.

Nunca visita a nadie más de una vez por bimestre. Cuando golpea a tu puerta o toca el timbre, lo hace a una hora apropiada y nunca más de tres golpes en el mismo tono o tres timbres de igual duración. Siempre llega con algún regalo y su saludo es cálido aunque no efusivo. Siempre llega limpio y prolijamente vestido. Se sienta último cuando se reparten los lugares. Habla lo justo y es capaz de escucharte una hora completa sin abrir la boca o haciendo

observaciones tan precisas que parece que hubieran salido de tu propia boca. Si uno tiene ganas de emborracharse, Bernabé bebe a la par pero nunca pierde la compostura y es capaz de alzarte del charco de tus dolidas entrañas y llevarte a la cama y no decir nada.

Es alegre cuando hay que alegrarse; acompaña en la tristeza. Por todo da las gracias y se ofrece primero si uno necesita ayuda.

Cuando hay que pagar, Bernabé siempre mete la mano al bolsillo antes que nadie. Si es por invitar, Bernabé invita.

Cuando Bernabé saluda gentilmente con intenciones de irse y, en efecto, se va, uno cierra la puerta, vuelve al sofá y al vaso de whisky y curiosamente, contrariando toda lógica, desea Bernabé no vuelva por mucho tiempo, por lo menos dos meses.

Ariel Búmbalo David. *Argentina*

Desde los 17 años se desempeña como periodista en distintos medios gráficos y radiales de Mendoza y Buenos Aires. Entre ellos los diarios Mendoza, Hoy, Uno y Los Andes, y en las radios Universidad y Nihuil. Durante la década de los '90 publicó junto a Alejandro Crimi los libros "Historias de cada uno" y "Nuevas historias de cada uno". Entre 2005 y 2007 creó y editó para el Conicet la revista de divulgación científica Ciencia Regional. Desde el año 2000 a 2008 ejerce el periodismo cultural en el Suplemento Cultura de Los Andes. En 2006, "El Andrecito", uno de sus relatos, obtuvo en Sevilla, España, el primer premio del certamen Alberto Lista, que otorgó un jurado presidido por José Manuel Caballero Bonald. En el mismo año una de sus micro ficciones obtuvo mención en el Certamen El Dinosaurio organizado por el Centro de Creación Literaria Onelio Cardoso, de Cuba, para la Feria del Libro de La Habana. En 2009 fue finalista en el certamen Juan Rulfo. Actualmente trabaja en el diario Los Andes, de Mendoza.

Cuento
Mención

Antonio Usaga Monsalve
Colombia

La segunda edad

Estas son las primeras y últimas rayas blancas del cielo, le dije. No sé, si están pintadas sobre este vidrio, tal vez sean las mismas que miremos los dos juntos el resto de hoy, de esta mañana, dijo. Y dejé caer mi lápiz en la libreta. Y en la libreta quedaba decretada mi muerte. Y mi muerte estaba en la mano de él. En su cuchillo. Y dejé caer mis párpados. Y tracé sobre el vidrio dos rayas blancas: una ligera, la otra larga, infinita, como la de un avión en el cielo a las 4 de la tarde. Respiró. Ni siquiera sospechaba que yo ya tenía mis uñas enterradas en sus omoplatos, sintiendo desde adentro sus exhalaciones. Y entonces inhaló la raya corta. Y mis uñas vieron a sus pulmones agitarse celebrando la meta. Y la meta no fue otra que haber atravesado el límite de la raya corta de una sola bocanada de aire. Y mis ojos vieron a sus ojos dilatarse. Y yo… detrás de él clavándole mi dedo meñique a la altura de su hígado. Doloso es para mí hablar, dijo, pero el callar es también doloroso. Y su boca palideció nunca más cerrada del todo. Y escribí dentro de él el inicio de una canción. Y es ahora cuando todo termina que la canción suena y retumba dentro de mí como en el Principio. Porque en el

Principio me habitaba una mujer. Una madre. Porque en el principio habitaba en él un hijo, mi hijo. Y esa mujer es la misma que entona hoy las tres primeras estrofas de la canción. De principio a fin soy ella. Esa canción. Y ahora esa canción nada más deja sonar la última estrofa. Y se va interrumpiendo con disimulo hasta que desaparece del todo en un silencio. Y ese día ese silencio se hizo entre él y yo. Como en el principio. O como se dice que se hizo el silencio en el Principio entre el cielo y la tierra. Y fui cielo y tracé para él dos rayas blancas una corta y la línea larga infinita como la del avión en el cielo a las 4 de la tarde. Y él se hizo tierra y desde abajo inhaló sin disimulo la raya corta. Y yo inhalé la raya larga. Y clavé mis uñas en sus montañas y con los cascos de mis patas atravesé sus ríos. Y mis vapores invadieron sus sauces, sus pinos. Y mi lluvia inundó su ombligo. Y tracé para él dos rayas más: una larga, infinita hasta más allá del mundo. Y una corta, parpadeo, sombra del pájaro volando sobre las piedras. Y ataqué primero. Hundí un poco más mi meñique en su hígado. Y la raya corta desapareciendo dentro de mí. Y abrió sus grietas para aspirar la raya larga. Y atravesó el mundo en una mirada. Y una vez más la tercera estrofa de la canción murió en su suelo. Y como en el Principio, la primera estrofa apenas comenzaba a sonar en ese vacío que separa el cielo de la tierra. Y dibujé de nuevo las dos rayas blancas en el cielo. Una corta como el aquí, aquí, aquí. Y una larga como la distancia entre el cielo y la tierra. Entre mi cuerpo madre y el suyo de hijo. Y una raya larga como la distancia entre sus manos y mi piel ya rota por su cuchillo.

Decatopecten Plica

28 de abril del 95. Tuso Fly me llamó temprano y me dijo que nos encontráramos a las 6pm en el parque de la Villa de Aburrá. Yo

pensé, no, a las 6pm, no. No me gusta encontrarme con Tuso a las 6pm. No me gusta encontrarme con ninguno a las 6pm. Las 6 es la hora del regreso a casa. De la ida del sol. De la muerte. Los pájaros y eso. No le dije nada y llegué puntual. Como a las 6: 15 apareció Tuso Fly. Venía cantando. Silbando. Me preguntó por su tía. Y yo le dije lo mismo de siempre: está muerta. Tuso insistió. No, acabo de hablar con ella por teléfono, dijo y silbó una de Tito Rodríguez. Le gustaban las de Tito Rodríguez y los boleros del Santos.

-Mi tía dijo que no te creyera nada y yo no te creo nada.

Como querás, le dije y lo dejé hablando solo.

Entonces torció la boca como lo hacía la tía cuando iba a hablar y dijo:

No le crea nada a ese muchacho. Ese es actor.

Alguien tapó mis ojos. Me tomó por sorpresa, por la espalda. Yo traté de adivinar quién era palpándole las manos. Nada.

Soy yo, bobito, Ligia Cruz, la de Carrasquilla.

Me puse pálido. No era posible, yo mismo vi a Ligia Cruz, la de Carrasquilla, la misma tía del Tuso, muerta en su cama.

Quitó las manos de mis ojos. Se paró frente a nosotros. Miró a Tuso Fly, inquieta, con su presbicia, como mirando una mosca en un microscopio.

¿Sos vos María?

Tuso encorvó la espalda, sacó la foto de María del bolsillo de la camisa e impostando la voz de la muchachita dijo:

-Si, soy yo.

Ligia Cruz la de Carrasquilla se tranquilizó. Escuchó lo que quería oír. Suspiró. Suspiró como una muchachita de quince. Agarró la mano de Tuso.

¿Estás desconcertada por algo, María?

-No es nada, dijo Tuso Fly mirando como su tía le olía los dedos

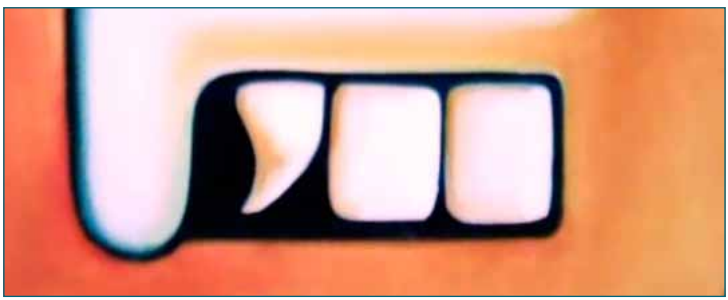
de la mano, las uñas, la muñeca.

Es inútil tratar de engañarme, Tuso.

Mientes… gruñó tuso medio nervioso. Miró la foto de María.

Y Ligia cruz la de Carrasquilla tomó la fotografía de María y la guardó en el bolsillo de la camisa del Tuso. Tal cual la tenía el hombre guardada antes de que llegara la mujer.

Dijo Ligia Cruz: está tan mal decir a los mayores que mienten, mi Tusito. Y se fue caminando por la acera de la 80, entre los árboles se fue, hasta desaparecer.



Antonio Usuga Monsalve. *Colombia*

Nació el 16 de Julio de 1980 en Medellín, Colombia. Estudió algo de sociología y actualmente termina Teatro en la Universidad de Antioquia (Medellín)

Dramaturgo. Actor de teatro. En el 2007 nace oficialmente Teatro Acera del Frente. Sus primeras puestas en escena fueron trabajos performáticos enfocados todos hacia la teatralización de los toques de la banda de música punk-blues LOS CRETINOS. Escribe *La Vorácida* para el grupo y hace parte de su elenco. La Vorácida *(Obra Ganadora corredores artísticos Alcaldía de Medellín 2008)* es la historia de un mundo del futuro en donde el desorden climático hace que la tierra se divida entre los que no tienen ni una sola gota de agua y los húmedos, donde no para de llover.

Actualmente trabaja para la revista Prometeo en el Festival Internacional de Poesía de Medellín

ISBN 958-97960-0-1

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

La Umbría, carretera a Pance
PBX: 884 22 22 - 318 22 00
Fax: 555 20 06 • A.A. 7154 y 25162
Línea de atención gratuita: 01 8000 913303
www.usbcali.edu.co
Cali, Colombia, Sur América

Editorial Bonaventuriana Cali, Sep/10 - cc